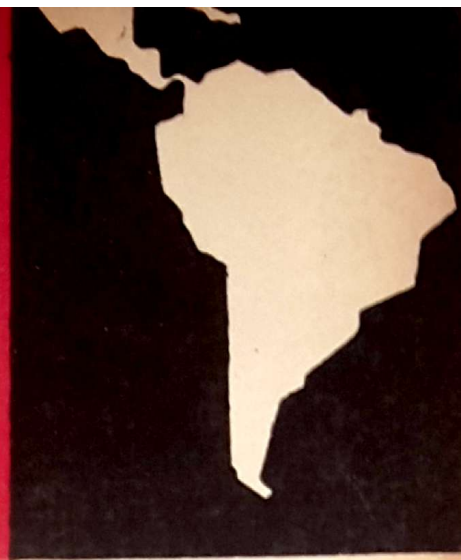


Izquierda Nacional



Buenos Aires

Número 34

**La Estructura Socio-Económica
de Formosa**

**El Moralismo Político
de la Pequeña Burguesía**

**Acerca de la Historia del Partido
Comunista Argentino**

BUENOS AIRES

MARZO DE 1975

SUMARIO

AL CORRER DEL MES	1
LA ESTRUCTURA SOCIO-ECONOMICA DE FORMOSA	3
EL MORALISMO POLITICO DE LA PEQUEÑA BURGUESIA de "Cadernos de Nosso Tempo", 1956	9
ACERCA DE LA HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO por Ernesto Lagos	15
LA "INTELLIGENTSIA" EN UN PAIS SEMICOLONIAL por Jorge Abelardo Ramos	23
LOS SOVIETS EN 1917 Textos de John Reed (cont.)	27

TRIBUNA DEL
SOCIALISMO
REVOLUCIONARIO

Director:

JORGE ABELARDO
HAMOS

*Secretaria de
Redacción:*

MERCEDES GRIMAU

Colaboradores:

LUIS VICENS
CAMILO GONZALEZ
JORGE ENEA
SPILIMBERGO
BLAS M. ALBERTI
ALBERTO GUERBEROFF
JULIO FERNANDEZ
BARAIBAR
LECTOR ALONSO
JORGE RAVENTOS
OSVALDO CALELLO
ENRIQUE LACOLLA
MIGUEL ECKART
JORGE SCALISSE
ROBERTO CASTILLA
LEONCIO BUENO

Correspondencia:

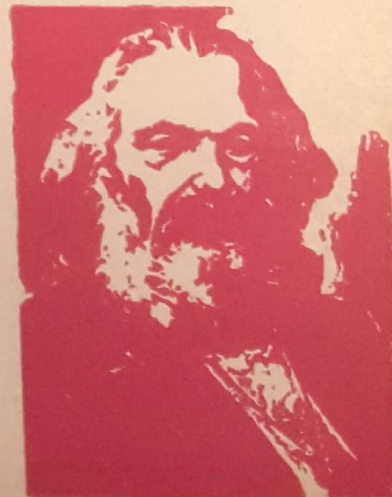
CASILLA DE CORREO 323,
CORREO CENTRAL,
BUENOS AIRES,
ARGENTINA

PUBLICACION MENSUAL

Distribución:

Arturo Apicella e Hijo.

Impreso en COGTAL
RIVADAVIA 767



AL CORRER DEL MES

Notas Observaciones Dichos y hechos

SORDOS RUIDOS OIR SE DEJAN

Las Fuerzas Armadas deben padecer de amnesia o poseen un alto grado de recuperación, si se trata de aprovechar las debilidades del pueblo que las sustenta para imponer dictaduras antinacionales. Estas Fuerzas Armadas poco han cambiado desde 1955 y parecen haber olvidado las soberanas palizas que les propinó el pueblo argentino a partir de las gloriosas jornadas de mayo de 1969, por haberse metido a arreglar las cosas dentro de nuestro país a gusto y placer de la tenebrosa "democracia" del Norte. Estas Fuerzas Armadas tomaron envión y se animaron a hacerle a la Presidente un planteamiento que, dígame lo que se diga, todo el país sabe que existió. Que los bizarros comandantes hayan salido chuscos o no, es otra cosa. Los acontecimientos recientes en Tucumán, por lo demás, parecen demostrar que algo han logrado.

El gobierno se debate en sus propias contradicciones, y no se anima a movilizar a las masas para ganar fuerza frente a los comandantes generales que vuelven a realizar una política practicada en los primeros años de la década del sesenta (el doctor Frondizi algo sabe del asunto). La verdadera fuerza del gobierno está en las masas que lo apoyan. Sólo en ellas debe confiar. Si no lo hace, las llevará a una derrota que lo único que logrará es detener por mucho tiempo el avance del movimiento nacional.

TERRORISMO Y REACCION

La pendiente por la que amenaza desplazarse la política nacional a partir de las acciones que se están desarrollando en este mismo momento en las sierras tucumanas es mucho más profunda que las quebradas del Famatina, y mucho más peligrosa. El Ejército se ha hecho cargo, por primera vez, de la represión de ciertos grupos terroristas (sugestivamente, se

muestra renuente a hacerse cargo de la represión de los grupos terroristas paraestatales. Queremos creer que ello se debe a problemas técnicos y no a un discutible espíritu de cuerpo), emprendiendo así una escalada que nadie sabe bien dónde puede terminar.

Se demuestra así por enésima vez el carácter contrarrevolucionario de los grupos terroristas de "izquierda". No porque le secuestren dos ejecutivos dejará Bunge y Born de succionar las reservas vitales de nuestra patria, ni es dándole alas que se derrota al Ejército que modeló el general Lanusse. Los grupos terroristas de derecha y de izquierda coinciden en algo: ambos propenden a fortalecer los sectores del aparato estatal que menos domina el gobierno de Isabel Perón, y a dar mayor predicamento a los sectores más reaccionarios de ese mismo gobierno. De esa manera, lo debilitan tanto o más que si lo atacaran directamente.

EL 17 DE OCTUBRE Y GOMEZ MORALES

Como era de imaginar, la administración económica en manos del Ministro Gómez Morales comenzó a producir roces y problemas en el Gobierno a poco de comenzar su desarrollo.

La Argentina puede darse el lujo de decir que en verano "no pasa nada", porque "el país está de vacaciones" y hay una real baja del ritmo con que se desarrollan los acontecimientos. Pero, en el campo económico, se produjeron hechos como para que ningún periodista se muera de hambre durante el estio de 1974-75.

La plática monetarista y conciliadora con los sectores más parasitarios de la economía argentina podía cosechar el beneplácito de la Sociedad Rural a condición de desvirtuar la tradición económica del peronismo. Es cierto que, en los papeles, esa tradición no existe: Miranda, Caffiero, Gómez Morales y Gelbard pertenecen a diversas escuelas económicas, y,

al mismo tiempo, tienen algo que ver con el peronismo. Por medio de la verticalidad, y en su salvaguardia, el peronismo declara oficialmente que la política de Gómez Morales es la del partido, pero un observador imparcial reconoce fácilmente en la misma rasgos que se oponen tanto a la tradición económica del movimiento justicialista como a la estructura de su apoyatura social.

¿Cuál es esa tradición? La misma deriva de la composición del frente de clases que otorga su apoyo político (y, por lo tanto, su fuerza) al movimiento peronista desde 1945. Si originalmente, el peronismo fue la expresión política de un frente cuya columna vertebral fue el proletariado y cuya cabeza política fue el más lúcido de los militares nacionalistas de su tiempo (el entonces coronel Perón), que dominaban ampliamente el Ejército Nacional, frente que contaba con el apoyo pasivo de parte de la pequeña burguesía civil insertada en el aparato estatal, hoy ha perdido el apoyo del Ejército en las condiciones del 45 (porque este Ejército no es el del 45, sino más bien el del 55), y ha ganado para su campo, en cambio, a parte de la clase media civil. Pero ésta, sin embargo, se siente cada día más preocupada por el carácter anti-democrático de las medidas que el Gobierno va tomando en diversos planos. Ese frente de clases (proletariado y sectores de la clase media) se articula con otros sectores de la sociedad argentina, uno de los cuales, la débil burguesía nacional, asume una importancia desproporcionada al peso real que posee en nuestro país, importancia que se impone precisamente por medio del aparato burocrático del peronismo y la falta de democracia interna.

Todo ese bloque mantiene una confrontación estratégica y táctica con la oligarquía terrateniente y los sectores a ella ligados, por una parte, y con el imperialismo de turno, por la otra. La política económica que de esa situación se deriva es en términos generales, una política proteccionista e industrialista, que intenta fortalecer el mercado interno y las enclenques filiales de la burguesía nacional argentina frente a la plutocracia de las metrópolis imperialistas. Pero, al mismo tiempo, se da dentro del campo nacional una lucha de otro carácter, relacionada con la participación de las masas en los beneficios derivados de ese desarrollo capitalista. El proletariado y las grandes masas de la Argentina, representados también y de alguna manera por el peronismo, y que, por lo demás, son su verdadera fuente de fuerza política y social, exigen que el movimiento nacional haga desde el poder una política distributiva que tienda a

mejorar su nivel de vida, al mismo tiempo que, sin que el ciego burgués lo llegue a entender, amplía el mercado interno.

Pues bien, dadas estas líneas generales, se puede suponer que la política del Ministro Gómez Morales y su equipo (liberalización de precios, traslado de capitales de la ciudad al campo a través del aumento de precios de productos agropecuarios, conciliación con la oligarquía y olvido de la ley agraria, cantos de sirena a las empresas imperialistas, posible modificación de la ley de inversiones extranjeras, disminución del presupuesto estatal en nombre de la lucha contra una inflación que, de haberse adoptado una firme política de control de precios, hubiera operado como un mecanismo de traslado de renta hacia los trabajadores) no podía beneficiar de ninguna manera a los sectores populares que brindan su apoyo al peronismo.

Y eso es exactamente lo que acaba de suceder. El descontento de las masas populares comenzó a hacerse visible pasando por canales que pueden desconcertar a más de un izquierdista rosa de los que abundan, aún más después de la desintegración de la otrora aguerreda J. P. El planteo de la C. G. T. al contador Aloatti —sobre quien se descargó el golpe destinado al equipo económico en su conjunto— es el primer síntoma, desmentidas aparte, de la situación.

¿Por qué la CGT? Es sencillo: la burocracia sindical, cuya existencia no se puede negar, se sustenta, a diferencia de la burocracia política del peronismo, y, más aún, de la del Estado, en las masas trabajadoras, esa columna vertebral de que se habla cuando se nombra al peronismo. La representación de esas masas no por deformada es menos cierta, al menos cuando hay un gobierno popular en la Casa Rosada. El burocrata sindical depende, en último análisis, de las bases obreras de sus organizaciones. Son esas bases las que sostienen y financian tanto al sindicato como al dirigente, y éste lo sabe. Por eso, por más flagrante que sea su irrepresentatividad, siempre será menor que la de cualquier otro sector, del Estado o del peronismo. El descontento de las masas de afiliados se refleja, tarde o temprano, en las cúpulas del aparato. Esta vez el reflejo ha sido nítido, porque lo que se hallaba en juego era la esencia misma del peronismo, su política redistributiva de la renta nacional en beneficio de las grandes mayorías.

El Ministro Gómez Morales ha preferido los arrullos de vieja de la oligarquía, y las mieles de "La Nación" o "La Prensa", pero el carácter popular del peronismo se ha expresado a través de la CGT. De los resultados de la puja, del

destino final del "aumento de emergencia" dependerá, esta vez, que el movimiento nacional salga fortalecido o debilitado de esta escaramuza entre ambos contendores.

No creemos que la oligarquía o el imperialismo se conformen con la política de Gómez Morales. Una y otro son parásitos voraces que sólo se conforman cuando su víctima les ofrece las venas abiertas para sangrarla. Si predomina la línea del Ministerio de Economía, no sólo no se calmará a los enemigos tradicionales del pueblo argentino; además se debilitará a éste último para los futuros enfrentamientos. El buen camino pasa por la democratización de los sindicatos y del Ministerio, entregando al pueblo los primeros e imponiendo al segundo una orientación que beneficie a las masas.

Los hombres que hoy dirigen la CGT participaron del 17 de Octubre de 1945. A pesar de todo son más fieles al espíritu de esa fecha que el Ministro de Economía. El peronismo debe impulsar la acción de gobierno hacia el cumplimiento de las metas que ese día salieron a defender las masas obreras de Buenos Aires, y no es palmeando a la oligarquía en la cabecita que se llega a ellas.

"CUANDO ESCUCHO LA PALABRA CULTURA...

...echo mano a mi revólver". Palabras del regordete Hermann Goering, que podrían haber presidido la sesión en que se decidió el sistema de ingreso a emplearse para la Universidad de Buenos Aires. Cupos y delirios zardinescos aparte, llama la atención el pedido de certificado de buena conducta para quienes deseen estudiar en las aulas de la Universidad de Buenos Aires, la Aporreada.

Loable medida que alejará, seguramente, a proxenetas o estafadores de los claustros, aunque no a los matones de las bandas de ultraderecha, que si gozan de impunidad para matar personas por las calles, no podrán ser alejados de lugares tan interesantes como las aulas universitarias para el ejercicio de su profesión. Parece ser que se intentaría, además, alejar a los militantes políticos que disienten con lo que opine la policía sobre las medidas conducentes a la tranquilidad de la Nación.

Se nos contestará que la policía no tiene opinión formada al respecto, pero creemos que, aunque sea para solidarizarse con el equipo educativo que tanto la estima, no vacilará en adoptar la del Ministerio de Educación. Tan es así que, a pesar de no entregar certificados de uso tipo desde ha-

ce unos cuantos lustros, ya se ha comenzado a poner al día para ejecutar tal tarea, mientras los asesinos de Silvio Frondizi o Carlos Ureña Rosas siguen gozando de buena salud en la República Argentina.

¡Bien por el ministro Ivanissevich! No será falta de empuje lo que le podamos reprochar en su intento de arrojar a la clase media porteña al campo de la oligarquía. En lo que respecta a los sueños fascistas, hisgánicos y greciolinos", de su equipo en Bs. As., no corren otra suerte que la de 1955, en que ayudaron a imponer al occidental, cristiano, liberal y progresista gobierno de Aramburu.

EL FIN DE UNA POLEMICA

Es conocida la posición que nuestra revista ha venido sosteniendo públicamente sobre la situación peruana. La publicación de la polémica Jorge Abelardo Ramos-Carlos Delgado, en nuestro número 33, fue precedida por un artículo crítico de Luis Vicens a Ismael Frías. El centro de nuestras críticas, y el eje de la polémica, fue el problema de la necesidad o no de un partido revolucionario en Perú.

La realidad viva acaba de zanjar la polémica. La fallida tentativa imperialista y reaccionaria de Lima demostró que no se podía dejar la política en manos del enemigo. El SINAMOS no pudo actuar en política, y los resultados saltan a la vista. No se "moviliza socialmente" a través de un ministerio, así como no se ajustan fuerzas con una tenaza.

Los amautas de la revolución peruana habían errado el camino: la ideología, cuando es acertada, puede generar soluciones formidables a situaciones desesperadas, pero si no lo es puede desarmar a quien la utiliza. Nadie va a la guerra con un fusil oxidado. Las consecuencias del error teórico han sido graves. Durante demasiado tiempo (siempre es demasiado tiempo), Lima estuvo prácticamente a merced de la reacción. Las llamas del edificio del SINAMOS por obra de la contrarrevolución, consumieron también la ilusión pequeñoburguesa de hacer una revolución sin política ni políticos.

Los militares peruanos, de quienes no se puede decir que no estén dispuestos a aprender de la realidad, han decidido formar el movimiento político que sus técnicos han calificado de innecesario. Es un buen camino. Y si también los técnicos aprenden de la realidad, cosa que realmente deseamos, será un camino excelente.

La Estructura Socio-Económica de Formosa

Un Informe

El trabajo que reproducimos constituye una propuesta presentada por el FIP de Formosa al gobierno de esa provincia, que solicitó el aporte de partidos políticos y entidades ligadas a la producción agropecuaria para la redacción de una nueva Ley de Tierras y Colonización. Esta fue la única propuesta recibida por la Intervención Nacional en Formosa, quien la elogió públicamente. Sin embargo, la discusión de un nuevo orden legal que regle la actividad de tenencia y explotación de la tierra no se ha dado aún, pese a los reiterados reclamos del FIP y a las no menos reiteradas promesas del gobierno provincial.

La propuesta del FIP ataca a fondo la estructura económica que provoca la marginación y atraso formoseños. Si el peronismo quiere producir cambios profundos que transformen la base de la economía, en manos de la especulación e intermediación parásitas, debe atender a las cuestiones que se presentan en el trabajo que hoy damos a conocer a nuestros lectores, puesto que aún con muy bajos costos sociales le es posible hacerlo. Sólo es preciso su decisión política y su acercamiento a los miles de pequeños productores y de trabajadores rurales que consumen sus fuerzas en miserables condiciones de existencia. (N. de la R.).

Las características específicas de la estructura agraria formoseña —que se describen y analizan a lo largo de la propuesta del Frente de Izquierda Popular— otorgan al gobierno la posibilidad real de llevar a cabo un "modelo-piloto" de transformación y colonización rurales, con un muy bajo costo social.

En base a esta certeza es que el FIP ha elaborado un proyecto para el sector agrario, basado esencialmente en la necesidad imperiosa de revertir un proceso de apropiación de la tierra, de producción, de comercialización, etc., que ha generado la miseria, el hambre, el desempleo, la mortandad infantil, el analfabetismo y otros rasgos sociales característicos de una economía atrasada, dominada por los intereses imperialistas y oligárquicos, enfrentados a las reivindicaciones y aspiraciones legítimas del pueblo formoseño.

La originalidad de Formosa —respecto de otras provincias— reside en que aún la mayoría de sus tierras son fiscales, en virtud de la ubicación perimetral del territorio formoseño, sobre todo si se toma en cuenta que es necesario retrotraer al dominio público vastas extensiones adjudicadas arbitrariamente, con criterio de favoritismo por el gobierno usurpador de la llamada "revolución argentina"; pero a la par han aparecido también los rasgos característicos de la estructura general de la sociedad argentina, determinada por la apropiación indiscriminada de superficies de dimensión latifundista.

A la vez, la condición de provincia limítrofe genera en Formosa un permanente movimiento poblacional que se da específicamente a partir de: a) éxodo de los formoseños hacia los centros más poblados, particularmente Buenos Aires; b) éxodo de paraguayos hacia Formosa, todo lo cual pone de manifiesto la necesidad imperiosa de radicar gente en el campo.

Si el gobierno se propone dictar una ley que le permita iniciar un proceso de transformación profunda de la estructura agraria, deberá sin dudas, remontarse a la experiencia histórica retomando de ella la línea del pensamiento nacional y revolucionario.

En su *Semanario de Agricultura*, decía Hipólito Vieytes, oponiéndose a la clase terrateniente ganadera y a la burocracia del período colonial: "La venta de tierras rinde al Estado una miserable utilidad y pone en posesión al poderoso de una tan crecida porción de ellas que se hace imposible el que jamás las pueda cultivar con regular provecho. El repartirla de balde en regulares porciones, suficientes a poblar unas medianas estancias, con expresa condición

de ser pobladas en determinado tiempo, pasado el cual deberían pasar a otro dominio, las pondría a todas florecientes por la constante aplicación de los brazos que les dirigirían sus propietarios."

En la misma época, Manuel José de Lavardén elaboró un programa que para el sector señalaba: "fomento de la ganadería y la agricultura mediante el reparto gratuito de las tierras y ganados públicos, con la condición de una explotación efectiva de los mismos."

Félix de Azara, que sustentaba idéntica posición, proponía la ocupación efectiva de las tierras en zonas de frontera, como una medida de soberanía nacional.

De suyo que las ideas que triunfaron a lo largo de la historia formoseña —y del conjunto del país— fueron las que respondían a los intereses de la penetración imperialista y de la oligarquía. Por ello es que el gobierno actual, decimos, tiene la posibilidad real de avanzar en sentido contrario, en el camino que le señalan el pensamiento patriótico y la voluntad de las masas desposeídas.

Esto será posible a condición de: terminar con el latifundio expropiándolo: erradicar el minifundio a través de la organización de los pequeños productores y de los trabajadores rurales, otorgando parcelas económicamente rentables; retrotrayendo al dominio fiscal las tierras adjudicadas con criterio parasitario y rentista; democratizando la planificación agropecuaria y forestal; aprovechando al máximo las tierras cultivables y ganando otras; poblando efectivamente el campo; promoviendo la industrialización de los recursos básicos; etc.

Pero este proceso que la provincia reclama no debe llevar a que el Estado resigne la propiedad de la tierra pública que ha sido el criterio siempre imperante y que ha dado los resultados por todos conocido.

El concepto liberal de que el Estado debe limitarse a apoyar a los "productores" desentendiéndose de todo el proceso productivo, expresión típica de la oligarquía ganadera, ha generado la dependencia y el atraso en la provincia y en el resto del país.

¿Qué Estado debe abstenerse de participar? ¿El Estado oligárquico-imperialista!

El Estado popular —sustentado por la votación más masiva de la historia argentina— no puede renunciar bajo ningún concepto a tomar parte decisiva en este proceso y a encarar la transformación radical de nuestra estructura agraria.

El peligro de la restauración oligárquica está siempre vigente. El camino lo señalan las masas.

II. — ANTECEDENTES

Una simple lectura del mapa de tenencia de la tierra en la provincia, de acuerdo con datos oficiales extraídos del Censo de Productores Agropecuarios de 1971, nos coloca ante el siguiente cuadro: los que tienen hasta 25 hectáreas —minifundistas, parvifundistas, poseedores de las denominadas "explotaciones de subsistencia"— controlan el 95 por ciento de la superficie total. Las explotaciones comerciales, latifundios improductivos o latifundios a secas, según los casos, acaparan el 87 por ciento de las tierras y constituyen por cierto una minoría. Sobre todo, las explotaciones latifundistas de más de diez mil hectáreas, que poseen el 18,40 por ciento de la tierra y que constituyen sólo el 0,4 por ciento de las explotaciones.

Estos datos estadísticos pueden traducirse al lenguaje corriente del siguiente modo: las mejores tierras de Formosa —ubicadas al este de su territorio, sobre la orilla del río Paraguay— están en manos de sectores latifundistas, en su mayoría sociedades anónimas o establecimientos de características ausentistas, cuyo proceso de apropiación de la tierra data de comienzos de este siglo.

Ante ello se erige impotente un vasto sector de campesinos minifundistas o sin tierras, operando en unidades antieconómicas, que constituyen la gran mayoría de la población rural.

La actual situación de atraso y estancamiento que se observa en la provincia en el sector agropecuario obedece a dos principales causas: por un lado, las características de su estructura económica que se gesta a través de la penetración del imperialismo, con la consiguiente dependencia del mercado internacional y la formación de un modo específico de producción y la constitución de una clase social, la oligarquía. Por el otro, el rol que jugó la provincia en el proceso de expansión de la frontera agropecuaria, más allá de los límites de la pampa húmeda.

La integración de territorio de Formosa al contexto nacional se produce con las siguientes características: 1) la principal actividad económica hasta 1930 se da a través de la penetración imperialista con la instalación de fábricas de extracto de quebracho, conformando una economía de "plantación", orientada al mercado externo, con un limitado volumen de producción con relación al total nacional, debido a la hegemonía ejercida por la Forestal; 2) una incipiente actividad ganadera para consumo propio y de las provincias vecinas, "economía de subsistencia", con reducida vinculación con el mercado regional y nacional.

Una de las consecuencias de la expansión taninera hacia el centro de la provincia será la instalación del ferrocarril, el cual tendrá como único objetivo el transporte de rollizos. De ahí su trazado, sin ramificaciones hacia el interior, que generará poblaciones y explotaciones exclusivamente a sus márgenes, dejando el resto del territorio aislado.

El proceso de apropiación de la tierra rural por manos privadas se efectivizó a partir de la vigencia de la Ley Avellaneda —número 817— y su complementaria, N° 2875 de 1891. Se produce entonces el acaparamiento de las mejores tierras en la parte oriental del territorio formoseño —área más fértil y de mejores condiciones de infraestructura— formándose una casta de estancieros cuyas características generales de clase no variarán de la de sus hermanos de la pampa húmeda, con la diferencia de que por su situación geográfica, alejada del puerto de Buenos Aires, obtendrán más bajos índices de rentabilidad.

La aplicación de la Ley Avellaneda en Formosa sólo concretó la fundación de una colonia agrícola de 41.360 has. y favoreció la enajenación de casi un millón de hectáreas entregadas a 14 concesionarios.

El reparto indiscriminado del territorio continuó con la Ley 1.522 de derechos posesorios que benefició a 11 concesionarios con 234.218 has. y los decretos especiales que permitieron el traspaso a manos privadas de 203.500 has., otorgadas en grandes extensiones. A su vez, estas enormes superficies fueron conservadas por sus originales propietarios en espera de su valorización, sin desarrollar ningún tipo de actividad productiva, salvo rudimentariamente la producción ganadera y la extracción forestal. La concentración de la tierra en pocas manos se agravó cuando las compañías tanineras y empresas particulares adquieren superficies originalmente adjudicadas a varios concesionarios. Queda así constituido uno de los estratos que definirá la estructura agraria de la provincia. Salvo variantes de posesión legal, la mayoría de estas extensas propiedades mantiene sus límites originales conformando latifundios. Actualmente existen 44 explotaciones con un millón de has. sobre siete millones del total provincial.

Debido a la escandalosa especulación en torno a las tierras fiscales se derogó la Ley Avellaneda inaugurándose una nueva etapa de colonización a través de distintas legislaciones (ley de venta de tierras fiscales número 4.157 de 1903 y la ley de fomento de territorios nacionales N° 5.559 de 1908) que permitieron el asentamiento de colonos y el desarrollo de la producción agrícola.

Sin embargo, la escasez de tierras aptas y la dimensión de las unidades adjudicadas determinan la creación de minifundios, produciendo una gama de pequeños productores, quienes en época de retracción o de simple especulación de precios del mercado, deberán trabajar como arrendatarios, asalariados comunes, llegando al límite de enajenar su trabajo sin ninguna remuneración.

A su vez, la decisión política del yrigoyenismo en el poder (1916/22 - 1928/30) de posibilitar el poblamiento y la entrega de tierras a colonos promueve un amplio sector de medianos campesinos.

A partir de 1930 se produce una expansión del área cultivada, que a raíz de las necesidades que el mercado inglés tiene de materia prima algodonera, se basa esencialmente en la producción de este textil. A la par que la producción forestal taninera se mantiene estancada hasta nuestros días, hacia esa época se asiste a un incremento de la producción ganadera, que hacia 1947 parece haber alcanzado su máxima expansión para luego entrar en decadencia.

El período 1947/60 se caracteriza por una ampliación de la frontera agrícola debida principalmente al aumento de la superficie algodonera, que pasa del 55 al 74 por ciento, aumentando la tendencia al monocultivo.

A pesar de dicha expansión debemos tener en cuenta que el área cultivada sólo cubre el 1,5 por ciento del total del territorio, constituyendo una verdadera isla dentro del conjunto de tierras forestales, ganaderas o simplemente no utilizadas.

La expansión algodonera del período 1947/60 se explica a partir de dos hechos: 1) a nivel general por una política económica proteccionista que aseguraba al productor elevados precios; 2) a nivel local por la construcción de una infraestructura vial y por la instalación de usinas desmotadoras oficiales, que cumplen un papel pionero y de estímulo a la producción.

Pero el aspecto más importante a señalar en este período es que juntamente a la expansión agrícola se acentúa la estructura marcadamente minifundista de las explotaciones. En efecto, el 73 por ciento de las nuevas explotaciones instaladas en el período tienen menos de 25 has., constituyendo Formosa una de las provincias con más minifundios en el país. En el otro extremo, las explotaciones latifundistas, si bien pierden importancia en relación al total, no muestran variación en términos absolutos, tanto en el número cuanto en la superficie que ocupan. Se da a la vez, aunque esto no es central, la inversión de capitales en el sector agrario, provenientes de otras zonas del país.

Pero la cuestión atinente a las tierras y a su distribución toma a partir de 1966 el rumbo más irracional. Un trabajo oficial señala que "se entregan sin estudios previos e indiscriminadamente las tierras sobrantes, dentro del marco de una ley no respetada en su articulado (ley 113), lo que provoca consecuentemente una elevada atomización de las unidades agropecuarias, cualquiera sea el nivel de las mismas. Todo esto origina el actual panorama donde resaltan el latifundio y la concentración paralela y consecuente de áreas minifundistas."

En este período se da un nuevo incremento de la superficie con cultivos anuales permanentes del orden del 72 por ciento en relación a los guarismos del período anterior. El stock ganadero se incrementa a partir de 1960 a un ritmo anual excesivamente lento e insignificante.

III. — LA SITUACION ACTUAL

En síntesis, puede verse que a pesar de los diversos ensayos de los gobiernos populares (yrigoyenismo y peronismo) tendientes a crear condiciones favorables para un "despegue" del agro formoseño, la situación de base creada por la entrega de inmensas superficies fértiles a pocos e improductivos propietarios, ha permanecido inmodificada, agravándose gracias a la acción de la dictadura militar (1966/73).

Así, 1,3 millones de has. ubicadas mayoritariamente en la parte oriental del territorio están en manos privadas, constituyendo grandes latifundios regenteados en gran medida por sociedades anónimas.

De las reservas existentes a 1966 se entregan algo más de 2 millones de has. repartidas entre los "allegados" al régimen de la llamada "revolución argentina", bajo la mirada tutelar del interventor Sosa Laprida. Son, demás está decirlo, las mejores y más aptas tierras que mantenía el dominio público.

La irracionalidad apuntada más arriba se debe exclusivamente a una cuestión política de privilegio, similar a la que imperó el siglo pasado en la provincia de Buenos Aires, que determinó la formación de la oligarquía.

Así, mientras el latifundio sigue creciendo en Formosa, los campos se despueblan como lo revelan los sucesivos censos nacionales. Los campesinos refluyen hacia el corazón de villas que rodean la capital formoseña, mientras otros contingentes son arrojados hacia el Gran Buenos Aires, para incrementar el ejército de desempleados, semi-empleados y marginales.

A nuestro juicio, los ensayos tendientes a crear situaciones distintas en la estructura agraria formoseña han fracasado por dos razones esenciales: 1) se mantuvo intacto el

formidable poder de una casta parasitaria, improductiva y ausentista, dueña durante mucho tiempo del poder del Estado, ligada al monopolio comercializador y al mercado extraprovincial; 2) la irracionalidad o la falta de un proyecto agrario que regle no sólo la distribución de las tierras, sino también la producción y comercialización de los recursos, aspecto que ha dejado en manos de monopolios como Bunge y Born o como Citrex, para no dar más que un par de ejemplos, el control de precios y por ende el excedente productivo.

IV. — NUESTRA PROPUESTA

A partir de la experiencia histórica analizada y de las medidas que se han adoptado desde el 25 de mayo de 1973 para el sector agrario, tales como el decreto 408, la ley 339, etc., y teniendo en cuenta que:

se hace necesario que el gobierno inicie un proceso de transformación profunda en las condiciones de tenencia de la tierra, en la producción y en los procesos de comercialización e industrialización de los recursos básicos, para sacar a la provincia del estancamiento y empobrecimiento a los que está sometida:

que para ello es necesario profundizar y materializar el principio de la tierra como bien social y no como privilegio de los acaparadores:

que en tal sentido se deberá terminar con los latifundios, considerando a éstos como las grandes propiedades pertenecientes a una sola familia o a sociedades, que basan la explotación en un criterio especulativo de apropiación individual de la renta de la tierra: cuyas superficies están por encima de las necesidades reales inclusive de lo que producen, sometiendo así grandes extensiones a la improductividad: que mantienen respecto de sus dominios el rasgo característico de este sector social: el ausentismo:

que es necesario apoyar y reivindicar definitivamente al pequeño productor minifundista, sacándolo de su condición de tal:

que como sector más desfavorable y explotado del agro, debe atenderse especialmente la situación del obrero rural, a quien debe darse participación en las formas organizativas y de colonización que se prevean;

que es preciso aplicar el criterio sustentado por el proyecto de Ley Agraria elaborado por el gobierno nacional en el sentido de "la obligación de los propietarios minifundistas de participar en

- * programas de concentración parcelaria"; que a los fines de la colonización deberán tomarse en cuenta las formas organizativas de las colonias o cooperativas a crearse, en lo atinente al modo de organización social que se establece en el decreto 408/73;
- * que es prioritario para la provincia lograr rápidos incrementos en la producción agropecuaria, que permitan su capitalización, para encarar planes de extensión de infraestructura y servicios hacia las zonas más atrasadas;
- * que es preciso poner coto a la explotación irracional de nuestra riqueza forestal;
- * que se hace imprescindible poner fin al éxodo permanente de formoseños hacia los centros urbanos más poblados del país.

POR TODO ELLO,
EL FRENTE DE IZQUIERDA POPULAR
PROPONE:

1. Nacionalización de las grandes estancias de la provincia.
Declarar de utilidad pública y sujetos a nacionalización los latifundios de propiedad nacional o extranjera ubicados en el territorio provincial, transformándolos en establecimientos modelos del estado provincial, con participación directa en su administración de técnicos y obreros rurales, proveyendo a los mismos de obras de infraestructura y tecnología necesarias para su mayor aprovechamiento y productividad.
2. Se congelarán todos los arrendamientos rurales y suspenderán todos los desalojos. Los arrendatarios permanecerán en sus unidades de trabajo y tendrán prioridad a la compra o cesión de dichas tierras en el caso de que las mismas sean expropiadas o sus adjudicaciones anuladas.
3. El Estado Provincial retrotraerá al dominio público todas las superficies entregadas con carácter favoritista, desconociendo todos los criterios de unidad económica, colonización, etc., contempladas de alguna manera en la ley 113, adjudicadas durante el período de 1960/73.
4. El Estado asignará tierras a los pequeños productores cuyas actuales extensiones oscilen entre las 1 y 50 has., cuando acrediten haberse organizado en una comunidad cooperativa con productores de condiciones similares de terrenos colindantes. La cantidad de tierra a otorgarse será la necesaria para asegurar la conformación de unidades económicas rentables y su propiedad será compartida por el Estado.
5. El Estado asignará en propiedad las tierras ocupadas actualmente por pequeños productores, con las siguientes condiciones: a) acreditar el trabajo continuado durante los últimos cinco años; b) acreditar la voluntad inequívoca de participar en programas de concentración parcelaria y de organización cooperativa tal como se determina en el punto anterior.
6. El Estado asignará tierras aptas no ocupadas o retrotraídas al dominio fiscal a los obreros rurales radicados en la provincia, que se organicen de idéntico modo al descrito en el punto 4).
7. Ya sea con la propiedad privada o con la propiedad colectiva de la tierra compartida con el Estado, las comunidades cooperativas que se organicen explotarán en conjunto la tierra, teniendo en condominio los instrumentos de producción que se adquieran con el apoyo que el gobierno prestará a tal efecto.
Los elementos necesarios para el aprovechamiento racional de la tierra deberán ser facilitados por el Estado. Así, deberán concederse los medios precisos para la compra de maquinarias, mejoramiento de suelos, semillas, etc., y a la vez, el gobierno deberá proveer de eficientes recursos humanos que guíen y eduquen en la utilización racional de instrumentos y tierras.
8. El Estado deberá crear un Banco Agrario en cuya dirección se asegure la participación democrática de los productores organizados como se establece anteriormente y el Estado. Este organismo será el ente financiero de los planes agropecuarios, forestales y de colonización que se dé el gobierno.
9. A través del Banco Agrario el Estado creará líneas de crédito de fomento permanentes, tendientes a permitir la compra de instrumentos de trabajo, semillas, abonos, etc., por parte de las cooperativas de agricultores organizadas tal como se detalla en el punto 4).
10. El Estado conformará con las sociedades cooperativas ya organizadas, cooperativas de comercialización del producido, en las que actuará como socio mayoritario.
11. Los excedentes obtenidos por el Estado a través de las organizaciones descritas en el punto anterior deberán ser reinvertidos en el sector productivo, invitando a las sociedades cooperativas de producción y comercialización, organizadas como se establece anteriormente, a que participen junto con el gobierno

en la constitución de una base industrial en la provincia.

El Estado creará, de este modo, Cooperativas de Industrialización de los recursos básicos de nuestra economía, en las que también el Estado actuará como socio mayoritario.

12. A partir de una organización así establecida, el Estado deberá integrar un "complejo planificador" que tome en sus manos la distribución de las tierras, la organización de la producción, la comercialización y la industrialización, cerrando así un ciclo que debe proyectarse a su vez hacia otras áreas de la economía provincial.

Participarán de ese "complejo planificador" las instituciones y organismos pertinentes del Estado —bancos, INTA, etc.—, los productores organizados en cooperativas y los trabajadores de los complejos industriales creados a partir de lo que se establece en el punto 11).

Se asegurará de este modo una auténtica democratización de la planificación.

13. Este ente mixto elaborará programas de producción que contemplan las necesidades reales de la economía provincial, a los que los productores organizados podrán adscribirse, recibiendo para ello los aportes financieros y técnicos necesarios, siempre con carácter de promoción.
14. El Estado realizará de inmediato un relevamiento de las riquezas forestales de su territorio y un estudio tendiente a planificar su racional explotación.

15. En base a dicho estudio, el Estado otorgará en concesión para su explotación, en las condiciones que se determinen, terrenos boscosos a los hacheros y trabajadores de la industria de la madera organizados en forma similar a la descrita para los pequeños productores agropecuarios, reservándose el Estado la comercialización del producido.
16. El Estado deberá determinar de inmediato las categorías de: latifundio, minifundio y unidad económica, en base a la aptitud del suelo, posibilidad de cultivos, población, etc.

El cumplimiento de un programa semejante significará para la Provincia de Formosa iniciar un proceso irreversible de recuperación de su economía y para el país un paso de afirmación de su soberanía nacional a la vez que de integración latinoamericana.

PROPUESTA PRESENTADA AL PUEBLO Y GOBIERNO DE FORMOSA POR LA COMISION AGRARIA NORDESTE DEL FRENTE DE IZQUIERDA POPULAR (FIP), TENDIENTE A UNA TRANSFORMACION REVOLUCIONARIA DE NUESTRA ESTRUCTURA AGRARIA.

"LA LIBERACION DE LOS TRABAJADORES SERA OBRA DE LOS TRABAJADORES MISMOS"

El Moralismo Político de la Pequeña Burguesía

De Cadernos de Nosso Tempo, 1956

Tras el triunfo parcial del imperialismo y la oligarquía brasileña que en el año 1954 aislaron al Presidente Vargas, y antes de que éste se suicidara, la revista "Cadernos de Nosso Tempo" incluyó en uno de sus números el presente artículo, que intentó aclarar las causas últimas de los movimientos de moralismo que llevaron a Getulio a la soledad primero y al suicidio después. En el mismo se analizan las raíces sociales de ese moralismo esencialmente pequeñoburgués, que es diferenciado de las campañas de "regeneración moral" que, poniendo en claro las causas profundas de la inmoralidad administrativa, ayudan a combatir las. Tomando el ejemplo brasileño, se desentieran las raíces de esos espasmódicos accesos de moralina que pueden llegar a sacudir a toda una sociedad, con notable precisión en lo que a la pequeña burguesía se refiere. En cambio, quizás se sobreestime el grado de conciencia de clase de la burguesía industrial brasileña al analizar las razones de su adhesión a las olas moralizadoras, e indudablemente se toma poco en cuenta la Weltanschauung que provoca en una burguesía comercial semicolonial su relación con el mercado mundial. Pero este trabajo no pierde por ello su validez, y nosotros aún en esta Argentina que en 1974

ha soportado por lo menos dos sacudidas moralizantes: la "campaña" contra Villar y Margaride (a quienes por supuesto no vamos a defender aquí), y el intento de campaña contra el proyecto de nacionalizar la T.V. Los argentinos ya conocemos los no muy lejanos días en que pretextos "morales" pretendieron justificar el 16 de setiembre (cuya moral fue demostrada en el elevado gesto de exponer públicamente el guardarropas de Eva Perón); pero es necesario que comprendamos sus causas para poder combatirlos. A ello ayuda, evidentemente, el artículo que aquí presentamos. (N. de R.)

Uno de los hechos más característicos de la vida pública brasileña en los últimos meses es la exacerbación y proliferación de los movimientos que se constituyen bajo la bandera de la recuperación moral. Como veremos seguidamente, tales movimientos, dentro de ciertas condiciones, constituyen, independientemente de sus vinculaciones de clase y de grupo, una saludable manifestación de inconformismo político o de ortodoxia moral, y a pesar de la alineación que grava todas las manifestaciones de moralismo político, son un importante factor para el mantenimiento de la vitalidad social. No es de esto, sin embargo, de lo que se trata

en el actual caso del Brasil. Las campañas de moralización que ahora se desarrollan no son fenómenos correctivos marginales. Son movimientos que adquieren una intensidad y una extensión de gran proporción, al punto de constituirse en la forma más importante y activa de oposición al gobierno (omitida la oposición adhemarista, que es velada), pasando las campañas de moralización a sustituir, como instrumento de acción, al principal partido opositor brasileño —la UDN— y provocando efectos de tanto alcance como el reciente golpe blanco efectuado por los altos jefes del Ejército.

Cronológicamente, la actual marea de moralismo se originó en la lucha trabada contra el periódico "Ultima Hora" y su grupo. Convertido en escándalo nacional el «caso "Ultima Hora"», a través de una polémica en que los adversarios del referido vespertino movilizaron, para la lucha, todos los recursos publicitarios del país, coaligando la prensa, la radio y la televisión, se transformó ese escándalo, igualmente, en el mayor problema brasileño. Con éste, se formó el clima para el moralismo. Todos los problemas nacionales fueron transferidos hacia el plano moral. Y en ese plano, polarizados en términos de mal y de bien absolutos. Todo lo que estaba ligado a "Ultima Hora" se transformó en mal absoluto. Todo lo que le era adverso, en bien absoluto.

Llegadas las cosas a este punto, resultó, como un efecto inevitable, que los hechos originarios de la polémica perdieran importancia, ultrapasando la dinámica del movimiento de moralización su objeto inmediato o aparente. No interesaba más el hecho de que el periódico "Ultima Hora", transferido a control de otro grupo, hubiese liquidado sus obligaciones con el Banco del Brasil, atendiendo así a lo que constituyera el motivo inicial de la protesta. Lo que ahora se propugnaba, para la campaña moralista, era la moralización de todo el país, entendida, naturalmente, según las normas fijadas por los propios moralizadores. De ahí la formación de otros movimientos, como la "Alianza Popular contra el Robo y el Golpe". De ahí la indefinida extensión de los propósitos moralizantes, que pasaron a encarar la deposición del Sr. Getulio Vargas —considerado fuente de todos los males del país, causa de todas las corrupciones y amenaza permanente para la legalidad— y lograron llevar a las fuerzas armadas a realizar un verdadero golpe blanco contra el presidente de la República, que sólo se mantiene en el gobierno en razón de las dificultades que experimentan los jefes militares para promover su sustitución sin alterar el régimen constitucional, pero que se encuentra, prácticamente, prisionero en palacio.

Recorrieron así las campañas de moralización, en el espacio de algunos meses, un inmenso camino. Originadas en el modesto nivel de la lucha privada entre dos periódicos y acompañadas, al comienzo, por un público reducido, que seguía las peripecias de la polémica como un espectáculo divertido, lograron transformarse en un estado de espíritu de ámbito nacional, instrumentado por fuerzas poderosas y que ya ahora, en virtud del golpe efectuado por los altos jefes del Ejército contra el Sr. Getulio Vargas, ejercen casi abiertamente el control del país.

INFRAESTRUCTURA DEL MORALISMO

Las campañas de moralización son un fenómeno típicamente pequeño-burgués. La pequeña burguesía, sobre todo a partir de la mecanización del capitalismo, es la clase que maniobra los medios de producción sin tener su propiedad. Lo que caracteriza a las clases medias, por tanto, es su status. El pequeño-burgués es un proletario con status asemejado al del burgués. Esa dependencia para con los status constituye psico-socialmente, un poderoso condicionamiento para una visión idealista del Mundo, en el sentido marxista del término. En otras palabras, constituye un estímulo para acreditar que la voluntad es el fundamento único del ser. Las cosas son esto o aquello porque alguien así lo quiere. Siendo así, las cosas serán buenas cuanto más sean el producto de una voluntad honesta y esclarecida, o lo contrario. Todo depende, por lo tanto, de que los hombres que dirigen los acontecimientos sean buenos o malos. Tal es el fundamento del moralismo.

Lo que sean el bien o el mal es cosa que, en abstracto, interesa poco al moralismo. Conforme a las condiciones de espacio y tiempo, el moralismo tiene carácter dogmático o relativista. Pero el moralismo que estamos examinando, no es filosófico y si político, aunque esas dos formas tienden a asociarse. Para el moralismo político, llamado a optar en condiciones concretas no importan, todavía, los problemas axiológicos y gnoseológicos del moralismo filosófico. Las definiciones del bien y del mal, en concreto, se hacen, en cuanto a la forma, según las creencias vigentes y, en cuanto al contenido según los intereses de clase de los grupos o de las personas. Lo que presta al moralismo su fisonomía particular, sin embargo, es el hecho de implicar, esencialmente, el desconocimiento de las motivaciones reales que condujeron a determinada opción. Las acciones son presentadas como practicadas por ser buenas en sí mismas y en función del bien absoluto y no porque atiendan a los intereses del agente. De ahí la necesidad de transportar todas las cosas al plano mo-

ral, una vez que, supuestamente, todas las opciones serían una elección entre el bien y el mal.

VARGAS Y LA PEQUEÑA BURGUESIA

Esas características generales del moralismo, arriba indicadas, no bastan aún para explicar el surgimiento o el éxito de las actuales campañas de recuperación moral. Tanto más, dado que en el más superficial análisis de las fuerzas que promueven o ayudan esas campañas moralistas se verifica que tras ellas no se encuentran sólo pequeños burgueses, sino todo un sector de la burguesía brasileña —el más influyente y activo— que es el comercio.

Analizando las condiciones y causas del actual éxito del moralismo en el Brasil se verifica, en lo que respecta a las primeras, que ellas se relacionan con el creciente desajustamiento material y espiritual de las clases medias por la situación económica y social del país y la política del Sr. Getulio Vargas. Conforme lo habíamos previsto (CADERNOS de Nosso Tempo, Nº 1, pág. 96), el Sr. Getulio Vargas, a pesar de que por dos veces (1930 y 1937) debió a las clases medias la conquista del poder o su permanencia en el mismo, subestimó la importancia de esta clase y la necesidad de satisfacer sus exigencias mínimas. Económicamente, la pequeña burguesía —parte de la cual había votado en 1950 al Sr. Getulio Vargas— se indispuso con el gobierno a medida que se fue acentuando la desproporción entre los sueldos de la clase media y el costo de la vida. En cuanto a los salarios del proletariado urbano, aunque con atraso en relación a los precios, fueron reajustados parcialmente, mientras que los sueldos de la clase media permanecieron estacionarios. Es cierto que durante el actual gobierno Vargas ya hubo un reajuste en los pagos a los empleados públicos, civiles y militares. Pero ese reajuste benefició, casi exclusivamente, a las capas inferiores de la clase media, hoy semiproletarizadas. Y es justamente en esas capas que persiste la popularidad del Sr. Getulio Vargas (en competencia con la del Sr. Adhemar de Barros), mientras que la hostilidad contra el mismo se hace sentir especialmente en las capas superiores de la clase media. En este sentido, es sintomático el hecho de que una de las más serias reivindicaciones contenidas en el memorial de los coroneles ha sido la de no permitir que los sueldos militares fuesen igualados a los salarios obreros. Además, la clase media, particularmente sus capas superiores, tiene una noción muy clara de que su problema económico no se resuelve mediante simples aumentos de sueldos, sino a través de una efectiva contención del proceso in-

flacionista o, por lo menos, mediante una equitativa distribución entre las clases sociales de las cargas de la inflación. La creciente pérdida de poder adquisitivo de los sueldos y el mantenimiento de un régimen económico dentro del cual todo el peso de la inflación recae sobre los rendimientos fijos suscitaron por lo tanto una profunda disconformidad de la pequeña burguesía contra el gobierno.

Esta disconformidad económica fue agravada por la orientación que viene adoptando la política del señor Getulio Vargas y por las contradicciones que la caracterizan. Mientras que de 1930 a 1942, el Sr. Getulio Vargas hizo una política de clase media, en el curso de su actual gobierno procuró atender, simultáneamente —y casi siempre contradictoriamente— a la patronal y al proletariado, predominando, durante el primer ministerio, la política patronal (a largo plazo, o Plan Lafer; a corto plazo, las facilidades de crédito dadas por el Sr. Jafet) y, en el actual ministerio, la política proletaria (formación de una CGT, prohibición de huelgas, elevación del salario mínimo).

En la primera fase del gobierno, la clase media sufrió las restricciones económicas dictadas por la política Lafer, sin beneficiarse de las facilidades propiciadas por el Sr. Jafet y sin tener siquiera la compensación espiritual de sentirse partícipe de un serio e inteligente esfuerzo de desarrollo económico. El gobierno aparecía, a sus ojos, bajo el contradictorio aspecto de un implacable mecanismo recaudador, avaro en la fijación de los vencimientos, y benevolente favorecedor de grupos, para los cuales distribuía bienes y facultaba negocios de que se hallaba excluida la clase media. De ahí el resentimiento que fácilmente pudo ser despertado contra el grupo Vainer, presentado como el prototipo de los beneficiarios de escandalosos favores gubernamentales.

En la segunda fase del gobierno, la actual, la clase media, siempre más angustiada económicamente, se encuentra con un gobierno que le aparece como interesándose solamente por el proletariado, que procura reglamentar para fines electorales, en nombre de principios y según procedimientos que se le figuran subversivos. Educada por las tendencias fascistas de la era del 40, tradicionalmente hostil al proletariado, del cual se siente psicológica y socialmente más alejada cuanto más se le aproxima económicamente, la clase media ve al gobierno agitar las mismas banderas que años atrás eran consideradas subversivas y contra las cuales el mismo Sr. Getulio Vargas, en 1937, convocóla para la lucha, instituyendo el Estado Novo.

Estas condiciones, por lo tanto, conducen a la clase media, material y espiritualmente, a divorciarse del Sr. Getulio Vargas y ponerse en actitud hostil al mismo. Aisladamente, sin embargo, esas condiciones no serían bastantes para provocar el éxito tan rápido y generalizado de las campañas de moralización. La causa de ese éxito acelerado y amplio fue el apoyo dado por las fuerzas latifundio-mercantiles, especialmente por estas últimas, a los movimientos moralistas (financiamientos, prensa, radio, televisión).

Diversamente de lo que pasa con la clase media, la burguesía, especialmente la burguesía mercantil, no es moralista por convicción. El sentimiento burgués de la vida reposa sobre la propiedad de los medios de producción y conduce, como ocurre con el proletariado que alcanza el nivel de autoconciencia, a una visión realista del mundo. Empero, el realismo burgués es psicológico, mientras que el realismo obrero es sociológico. Reducido a la condición de máquina que acciona máquinas, cuyo trabajo es una cosa que se compra y se vende, como las cosas que de él resultan, el proletariado, en la medida en que vence el entorpecimiento mental de su condición y llega a un razonable nivel de conciencia, concibe el mundo en términos realistas, pero orienta su realismo en términos sociológicos, porque su experiencia personal es la de la impotencia del individuo y la de su dependencia para con el medio social. Distintamente, la burguesía, cuyo realismo surge de la conciencia del poder condicionante de las cosas, desarrolla su realismo en términos psicológicos, porque su experiencia personal es la de la manipulabilidad de los negocios y de la medida en que éstos dependen de la capacidad individual o de las oportunidades favorables. Tal psicologismo se desarrolla especialmente en la burguesía mercantil, en la que el negocio surge desligado del proceso de producción de las cosas, mientras que la burguesía industrial contrabalancea su experiencia de la manipulabilidad de los negocios por su dependencia hacia los factores de la producción. Es sintomático de esa diferencia el psicologismo de la economía inglesa, calcada sobre todo de una experiencia comercial, y el sociologismo de la alemana, producto de una experiencia principalmente industrial.

Ahora bien, ese realismo de la burguesía y su variante psicologista de la burguesía mercantil, que es el sector dirigente de la burguesía brasileña, no conducirán a la burguesía a expresar, en términos moralistas, su antagonismo con el gobierno. ¿Por qué lo hace? La explicación de este hecho nos da la clave final para comprender la infraestructura de las actuales campañas de moralización. Esa explicación es muy simple y se

resume en dos palabras: estrategia y táctica. La burguesía mercantil, para la cual los orígenes populares de la elección del Sr. Getulio Vargas ya constituían una amenaza, se colocó como clase contra el gobierno a partir del momento en que, durante el ministerio precedente, se caracterizaron las intenciones dirigistas e intervencionistas de la actual administración. No importa el hecho de que el Sr. Jafet, por el Banco de Brasil, haya proporcionado excelentes negocios a diversos e importantes grupos de la burguesía mercantil. Los beneficiarios, o sus grupos, individualmente, quedaron solidarios con el gobierno mientras éste los favoreció.

Como miembros de la clase, sin embargo, participaron de la misma hostilidad general de la burguesía mercantil contra el gobierno, porque el dirigismo y el intervencionismo económico de éste constituía un obstáculo para sus pretensiones de lucro incontrolado.

Inaugurada la segunda fase del gobierno de Vargas, con el actual Ministerio, la burguesía mercantil, en el primer momento, manifestóse muy favorable a la nueva política económica instituida por el Sr. Osvaldo Aranha en nombre del liberalismo y de la libertad de comercio. Ese entusiasmo, no obstante, fue de corta duración. De un lado, porque el Sr. Osvaldo Aranha corrigió, en buena hora, los excesos mercantilistas de su plan, restaurando la selección gubernamental para las inversiones esenciales. De otro lado porque a medida que se aproximan las elecciones de octubre, la política del Sr. Getulio Vargas pasó a caracterizarse por sus tendencias laboristas. Se confirma así y se consolida la oposición de los intereses de la burguesía mercantil hacia la política del Sr. Getulio Vargas. Pues la burguesía mercantil, de todas las clases brasileñas (entendido el término en sentido restringido) es la que tiene mayor conciencia de sus intereses, la que se encuentra mejor organizada para defenderlos y la que dispone de más recursos para hacerlos valer. Esa es, sin duda, la razón por la que la burguesía mercantil, a despecho del extraordinario impulso de industrialización del país, ha conseguido mantenerse en la dirección social reduciendo a la burguesía industrial, contra los propios intereses de ésta, a la posición de caudataria del comercio. Así equipada, la burguesía mercantil pudo llevar adelante, con gran éxito, su esfuerzo de neutralización y de desmoralización del gobierno, esfuerzo que culminó en el golpe blanco de los coroneles (atrás de los cuales actuó un grupo de generales) y que está ahora orientado hacia la definitiva deposición del Sr. Getulio Vargas.

No podía el comercio, sin embargo, luchar contra el gobierno en nombre de sus propios intereses. Estratégicamente, se empeñó

la burguesía mercantil en conquistar el apoyo de una clase combativa e influyente, utilizándola como masa de maniobra. Esa clase sólo podía ser la pequeña burguesía. Tácticamente, era indispensable utilizar las consignas que fuesen capaces de movilizar a las masas pequeño-burguesas y conseguir, especialmente, la adhesión del sector militar de la clase media. Esa táctica sólo podía ser el moralismo. Y ahí se encuentran las razones profundas de la activa participación de la burguesía mercantil en los movimientos de recuperación moral, participación ésa que podría, a primera vista, causar una natural extrañeza, ante la paradoja de la bandera de la moralidad siendo desplegada por los comerciantes. Atrás de ese moralismo, mientras tanto, el comercio defiende propósitos muy realistas e inmediatos. Evidentemente, como siempre ocurre en tales circunstancias, gran parte, si no la mayoría de la burguesía mercantil no tiene perfecta conciencia de su propia duplicidad ni se da cuenta de que el moralismo que profesa para oponerse al gobierno, es el que no profesa en sus propios negocios y en sus demás actividades, y un instrumento ideológico al servicio de sus propios intereses.

Esto no importa. Lo que importa es la verificación a que se llega, mediante un análisis objetivo de los hechos, de que, al movilizarse contra la CEXIM, bajo la alegación de que ésta era un mecanismo de la corrupción del gobierno, lo que realmente importaba al comercio no era la corrupción de aquel órgano, corrupción además sólo posible porque de ella era agente y beneficiario el propio comercio. Lo que importaba, para el comercio, era la extinción de los controles gubernamentales, era el libre acceso a los saldos de cambios de la exportación, de manera de permitir lucros mayores y más fáciles. Y como hoy no sería ya posible, a despecho de las desesperadas tentativas que se vienen haciendo para restaurar el liberalismo, combatir los controles gubernamentales en nombre de un supuesto derecho natural a la libertad de comercio, se da la necesidad de prestar a la lucha contra el dirigismo estatal la apariencia de una reivindicación moralista contra la corrupción de los agentes del poder público. No es otra la razón por la cual la burguesía mercantil, a través de la prensa —de que tiene el control absoluto, por ser la principal fuente de publicidad— haya procurado generalizar la teoría de la "corrupción del Estado", a fin de obligarlo a suspender todas las formas de control y de intervención en la economía.

MORALISMO Y ALIENACION

Surge el moralismo, como ya se indicó, de una concepción idealista del mundo, se-

gún la cual la voluntad es el fundamento del ser, razón por la cual las relaciones sociales dependerían de las decisiones individuales de los dirigentes. De ahí la transposición de todas las cosas hacia el plano moral y su juzgamiento en términos de bien o de mal. De ahí, por otro lado, la recíproca de que toda visión moral de las acciones humanas se debe realizar en términos moralistas, o sea, en términos de bien o mal absolutos.

No es éste el lugar para criticar, teóricamente, el moralismo político. Limitémonos a señalar que, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, el moralismo político representa una superestructura ideológica de la clase media. Considerado en base de sus postulados, el moralismo político sufre las limitaciones originadas en el idealismo de sus presupuestos, ignorando lo que Scheler denominaba condicionamientos reales de la vida social.

En verdad, como lo presienten los moralistas, las relaciones políticas presentan, también, una dimensión moral y no pueden ser juzgadas sin referencia a esa dimensión. A ese respecto, con todo, hay que hacer dos importantes reservas a la colocación moralista del problema. La primera respecto a la fundamentación de los hechos políticos. Diversamente de lo que juzgan los moralistas, los fenómenos políticos no se originan exclusiva e incluso principalmente en las manifestaciones de la voluntad individual, sino en un sistema de causas y condiciones dentro del cual la voluntad individual es apenas un factor y un factor en gran medida condicionado. La segunda reserva se relaciona con la valoración moral de las manifestaciones de voluntad. El elemento moral, en las relaciones políticas, no constituye una opción entre el bien y el mal absolutos. Lo que es absoluto, en la opción moral, es la elección entre fines que se presentan en el mismo plano de eficacia posible, para la razón. Tanto los fines como los medios, sin embargo, están condicionados. Ese condicionamiento, externamente al agente, surge del sistema de creencias vigentes (condicionamiento ideal), de las condiciones económico-físicas del medio social y natural (condicionamiento real) y de las posibilidades de interferencia (condicionamiento por el azar). Internamente, el condicionamiento resulta de la estructura psico-física de la personalidad del agente.

Si examinamos, a la luz de estas brevisimas indicaciones, el objeto inmediato y aparente de las campañas de moralización que ahora se desarrollan en el Brasil, veremos que ellas tienen una justificación parcial, en

la medida en que acusan la inautenticidad de la acción político-administrativa del gobierno. Sean cuales fuesen los presupuestos ético-filosóficos a la luz de los cuales se considere la acción político-administrativa del actual gobierno es innegable, en el plano puro de la sociología moral, que tal acción, de un lado, es susceptible de críticas, en el sentido de que permite, y a veces da la ocasión, a actos de favorecimiento a personas o grupos, contrariando principios morales dotados de vigencia media en nuestro país. De otro lado resalta, todavía más, el hecho de que el gobierno padece de toda clase de contradicciones en sus relaciones con los diversos estratos de la población e inclusive en las relaciones internas de los miembros y órganos del gobierno, unos con otros. Tales hechos perjudican la autenticidad del gobierno en el sentido de que afectan la validez de su poder y reducen en mucho la eficacia de su acción, retirándole las condiciones de ejemplaridad y representatividad de que necesita para apoyar, con el máximo de consenso, el ejercicio de sus funciones de comando.

¿MORALISMO SIN REVOLUCION?

Ocurre, además, que el moralismo, parcialmente justificable en los límites arriba mencionados, es inducido a error y se torna asimismo inauténtico al ignorar el inmenso margen de condicionalidad que limita la capacidad de autodeterminación del gobierno y al presumir, de un lado, que se deben a los errores o a malicia del gobierno las limitaciones de que padece el propio gobierno y, del otro lado, que la simple mudanza de hombres importaría un completo cambio de la situación.

En verdad, omitidas las variantes individuales, que en una visión macroscópica, pierden importancia, la acción del gobierno, inclusive en el plano en que es susceptible de apreciación moral, refleja condiciones reales e ideales a ella anteriores y sobre las cuales la voluntad individual de los gobernantes nada puede hacer. Las prácticas de favorecimiento indebido, que tanto escandalizan a los moralistas, son el producto de la política de clientela, que proviene del subdesarrollo, que se origina, a su vez, en el régimen vigente de expoliación económica. La falta de sistema y de eficacia gubernamental, que tanto hacen vociferar contra la interferencia económica del Estado, son el producto de un Estado expedientista que

proviene del mismo subdesarrollo, oriundo, igualmente, de la actual economía de explotación. Si es legítimo y socialmente provechoso protestar contra esas manifestaciones de inautenticidad gubernamental, tal protesta sólo tiene sentido en la medida en que, partiendo del diagnóstico de inautenticidad del gobierno, se profundice hasta las causas y condiciones de esta inautenticidad y tienda a promover las modificaciones estructurales capaces de suprimir los factores que la provocan. Es justamente esto lo que deja de hacer el moralismo. Inconsciente de los factores condicionantes del proceso político, exige los síntomas en causas y de esta forma se restringe a la crítica individual de los gobernantes y de sus actos. Tal es el motivo por el cual, en el caso brasileño, todos los males que padece el país son atribuidos a la malicia del Sr. Getulio Vargas, lo que, exasperándose el clima moralista, condujo al propósito, parcialmente realizado, de destituirlo ilegalmente del poder.

Lo que hay de grave en esa colocación, sin embargo, no es sólo ni principalmente el hecho de violar el orden legal. Considerado en sí mismo, el orden legal es adjetivo y se limita a prestar valor jurídico a una situación vigente de hecho y el equilibrio de fuerzas en que tal situación de hecho se expresa. Lo que tienen de grave las manifestaciones moralistas es su carácter alienante. Pues, al embestir contra los gobernantes, bajo el fundamento de que son viciosos y malos, y al proponerse sustituirlos por otros, las clases medias, *ipso facto*, dejan intactas las condiciones mismas en virtud de las cuales se encuentran material y espiritualmente desajustadas. Por este motivo, el moralismo sólo tiene sentido para los que lo manipulan tácticamente, o sea, para aquellos que, estando realmente interesados en mantener la situación vigente, o sea, en el fondo, un determinado régimen socio-económico de producción, pretenden obtener mejores condiciones de usufructo de sus privilegios o asegurar la mantención de los existentes.

Las actuales campañas de moralización, por lo tanto, son, en última instancia, un movimiento por el cual la burguesía mercantil utiliza, para sus propios propósitos, el idealismo de las clases medias, alienándolas en una falsa revolución, cuyo éxito importaría consolidar las condiciones que aseguran el predominio de la burguesía mercantil y la expoliación de la clase media y proletaria, con el inevitable agravamiento de la inautenticidad del Estado y del gobierno.

Acerca de la Historia del Partido Comunista Argentino

por Ernesto Lagos

El artículo que aquí presentamos surgió como respuesta a otro, aparecido en "Todo es Historia", acerca de los orígenes del Partido Comunista argentino. El Director de dicha revista no quiso publicarlo, demostrando que, en efecto, todo es historia, aún la posibilidad de responder a las apreciaciones de quien el lector considera equivocada (N. de la Red.).

He leído el artículo del Sr. Emilio J. Corbière "ORIGENES DEL COMUNISMO ARGENTINO — Los socialistas y la guerra del catorce", aparecido en el N° 81 de "TODO ES HISTORIA". El autor se propuso "analizar cuáles fueron los móviles que agitaron a esos jóvenes obreros e intelectuales socialistas que constituyeron el núcleo original del Partido Comunista, y además comprender el papel que jugaron los sectores políticos vinculados a la clase trabajadora respecto de la Primera Guerra Mundial."

Tema importante y ambicioso, sin duda, pues estudiar las circunstancias y motivos que originan el surgimiento de determinados partidos políticos implica, de alguna manera, desentrañar los gérmenes, las tendencias embrionarias, que ligan a ese partido con su historia posterior y sus actuales posiciones.

Es en tal sentido que creo que el muy plausible intento del Sr. Corbière dando por supuesta su buena voluntad de historiador, no parece haber sido muy coronado por el éxito. Da la impresión de que los árboles le han ocultado el bosque.

Después de la lectura del artículo quedan en pie las siguientes afirmaciones del Sr. Corbière, a las que considero necesario aclarar, completar o rebatir, según el caso.

1º) Que "El origen del comunismo argentino no ha merecido por parte de los historiadores un estudio detenido." Causa cierta extrañeza que el autor, ya que cita entre las personas a las que agradece su colaboración, a Rodolfo Puiggrós, no haya leído

su libro "LAS IZQUIERDAS Y EL PROBLEMA NACIONAL"; o que desconozca la obra de otro nacionalista-burgués, Juan José Hernández Arregui; "LA FORMACION DE LA CONCIENCIA NACIONAL", donde podría haber encontrado excelentes referencias al tema objeto de su artículo. También podría haber consultado a marxistas nacionales como Jorge Abelardo Ramos y a Jorge Enea Spilimbergo, en sus conocidas obras "HISTORIA DEL STALINISMO EN LA ARGENTINA" y "EL SOCIALISMO EN LA ARGENTINA". O a Alberto Belloni: "DEL ANARQUISMO AL PERONISMO", etc., etc.

2º) Padece de imprecisión (o es un error absoluto) su caracterización de nuestro país a comienzos de siglo. En determinado momento dice: "... eran las manifestaciones propias de un régimen económico capitalista en desarrollo. Por natural expansión de las fuerzas productivas...". Si estas palabras algo significan, es que la Argentina tenía una estructura capitalista clásica, independiente, donde había determinada expansión de las fuerzas productivas, propias de tal régimen. La Argentina de la época no padecía tanto de desarrollo del capitalismo (industrial) como por la escasez del mismo. No era un país capitalista independiente, era una semicolonias agropecuaria dependiente del Imperialismo Británico. Precisamente, esa falsa caracterización teórica, sería el error fundamental del socialismo de J. B. Justo y de todos sus descendientes de la izquierda cipaya. Por otro lado el artículo no llega a "pintar" suficientemente las características muy particulares de la Argentina de principios de siglo.

3º) No destaca lo suficiente la manera en que influyó la inmigración en la conformación de los llamados "partidos de izquierda". No destaca las particularidades de la clase obrera de la época ni de los otros sectores sociales.

4º) Tacha, solapadamente, a Yrigoyen de pro-

glés, pues cita a otro autor (M. Peña) y no lo cuestiona, es decir, da por supuesto que comparte el criterio sustentado por Milciades Peña; pues, ¿para qué lo cita?

5^o) El Sr. Corbière habla del enfrentamiento de las dos tendencias: "la social-demócrata y la marxista revolucionaria", habla de lo que tenían en pugna pero no dice lo que tenían en común, lo que compartían, el "pecado original" que el Partido Comunista heredó del Partido Socialista; lo que es fundamental para comprender la ubicación del Partido Comunista en el campo antinacional y antipopular, en cada coyuntura histórica del pueblo argentino.

Pasemos a ver el artículo más de cerca o, si se quiere, por contraposición.

¿COMO ERA LA ARGENTINA DE COMIENZOS DE SIGLO? ¿CUALES SUS CLASES SOCIALES? ¿CUAL SU RELACION CON EL VIEJO MUNDO?

En la división internacional del trabajo, Inglaterra era la fábrica y la Argentina parte de sus dominios coloniales, la factoría productora de trigo y vacas.

La Patria Grande de Artigas, de San Martín y de Bolívar, balcanizada, eran aquellos raquiticos estados sometidos al atraso del monocultivo.

En la Argentina ya la "civilización" se había impuesto a la "barbarie", las montoneras federales habían sido destruidas por el mitrismo, lacayo servil del amo isleño. El país heroico y desangrado será entregado a la voracidad británica; a través del librecambio fue destruida nuestra producción artesanal precapitalista. Así conquistaron nuestro mercado consumidor para sus manufacturas y obtuvieron nuestras materias primas. Así se formó el bloque antinacional entre "nuestra" burguesía comercial, "nuestra" oligarquía terrateniente y el imperialismo inglés. La influencia de este último, que nos fue nefasta en gran parte del siglo XIX, se prolongaría en el país hasta la mitad del siglo XX.

Una parte importantísima del proceso fue el acaparamiento de las tierras públicas. Habiendo arrancado en 1810, encontraría su consolidación en la ley de enfiteusis de Rivadavia, en las grandes distribuciones de tierras de Rosas, en el proceso abierto en Caseros, y en las adquisiciones a bajo precio por las compañías extranjeras y acaparadores, de las tierras quitadas al indio.

En 1912, 1943 familias tenían 41.787.000 hectáreas (algo así como la sup. de Italia, más Suiza, más Austria). En Buenos Aires sólo 18 familias poseían más de 3.000.000 de hectáreas de las tierras más fértiles de la pampa argentina, que eran a su vez las tierras más fértiles del mundo.

En la semicolonía próspera el 70% del ingreso bruto del sector agropecuario iba a parar a los bolsillos de no más del 5% de la población ocupada en el sector. Ya veremos después cómo la oligarquía terrateniente "invertirá" esos ingresos en "beneficio" del país.

¿A qué se debía esa distribución de los ingresos? El economista Ferrer lo atribuye a la falta de acceso a la propiedad de la tierra.

El privilegio oligárquico mantendría los niveles de desocupación entre un 5% a un 20% de la fuerza de trabajo!

Las vías férreas en manos británicas serán la telaraña de hierro que consolidará la estructura dependiente de la Argentina. Sus líneas vincularían directamente todas las zonas del interior con Buenos Aires y los puertos del Litoral. Por estas arterias succionadoras llegaban a los pueblos del interior, donde todavía se percibían en el aire y las gentes los ecos de las proclamas de los caudillos, los productos de la industria inglesa y, de retorno, materias primas al puerto cosmopolita. A través de la llamada "tarifa parabólica", que gravaba fuertemente nuestra producción artesanal a expensas de la producción agropecuaria, darían los golpes de gracia a los gérmenes de industria del interior. Los números registran el si-

guiente crecimiento de las vías férreas: 1857: 10 km.; 1900: 16.600 km.; 1930: 38.634 km.

A fines del siglo XIX se producía la fusión entre el capital bancario y el capital industrial. El ciclo de la libre competencia había llegado a su fin. El capital monopolista dominaba la escena europea; el capitalismo pasaba a una etapa superior: el imperialismo.

En el año 1913 las inversiones inglesas en Argentina eran del orden de los 319.600.000 de libras esterlinas; las francesas, sus competidoras en la usura internacional, una cuarta parte de aquellas.

Era tal la "predilección" que nos tenían los británicos que del total de sus inversiones en América Latina, casi la mitad la destinaban aquí (42%), y no hay que olvidar que en esa época los gentlemen eran los que originaban la mayor parte del flujo internacional de capitales.

La "izquierda" de comienzos de siglo desconocía el carácter dependiente de la Argentina. Pero esto no lo desconocía el capital inglés, pues controlaba

grandes empresas frigoríficas, ferrocarriles, empresas de comercialización y monopolización de cereales, tierras, actividades mineras y agrícolas destinadas a la exportación, transportes y servicios públicos (travías, compañías de gas, de energía eléctrica, etc.), las empresas de navegación que llevaban materias primas y alimentos y traían productos industriales; las respectivas compañías aseguradoras y reaseguradoras bancos que hacían préstamos al Estado, las provincias y los municipios (a través de los que controlaban el destino de los gastos públicos); y toda otra actividad (si quedaba alguna) que implicara controlar los resortes básicos de la estructura del país.

El imperiaismo se había filtrado por todos los poros de la república formalmente independiente; éramos el Sexto Dominio Británico!

Aquellos soldados ingleses que un siglo atrás habían sido derrotados por un pueblo indomito, saboreaban la venganza histórica en el más allá. Lo que no había podido la violencia de las armas lo consiguieron la diplomacia y el comercio, civilizadores y cultos: el León Británico era en realidad un zorro.

Con los años ingleses se codeaban gustosos los ganaderos de apellido y la burguesía librecambista del puerto fenicio; lazos de oro los unían sólidamente. A sus espaldas, en el fondo de la escena, el país interior languidecía. Su historia, sus luchas, su epopeya, eran desconocidos por las olas de inmigrantes que el océano depositaba en los puertos del Litoral. El flujo marítimo encontraba su motor en el deseo de "hacer la América".

Solamente entre 1901-1920 entraron 3.000.000 de inmigrantes. Venían principalmente de los países industrialmente más atrasados de Europa: un 51% de italianos, 29% de españoles.

El máximo ciclo de la entrada inmigratoria (1895-1920) coincide con el proceso de consolidación de la plataforma agroexportadora. En esta fase se realizó sistemáticamente la inmigración "golondrina" por las empresas navieras inglesas. De allí que de la cifra de 4.700.000 extranjeros que entraron entre 1871-1920, sólo encontramos radicados 3.300.000. De ellos 2.750.000 (o sea el 83%) lo hizo en el Litoral; sus brazos irían principalmente al campo y, secundariamente, a talleres artesanales, diversos oficios, profesiones manuales, el pequeño comercio. Las palancas fundamentales de poder en la estructura agrocomercial eran propiedad exclusiva de los británicos.

Era una época de abundancia de mano de obra barata y de postergación y desprecio hacia el trabajador criollo, lo que haría arrancar amargas quejas en inmortal autor del "Martín Fierro", el federal democrático y antimitrista José Hernández.

El librecambio y los ferrocarriles, que postraban al interior, levantaban un Litoral próspero y rubicundo.

Si hacemos un estudio comparativo de las cifras de crecimiento de la población entre las provincias del interior y el Litoral, vemos que mientras que en el año 1896 casi se equiparaban, teniendo un poco menos el Litoral (889.000 y 847.000), en el año 1914

todo el interior posee 2.470.000 habitantes, mientras que el litoral había aumentado a 5.416.000 habitantes, o sea casi el 70 % de la población total del país.

Paralelamente al crecimiento del Litoral se daba un crecimiento del porcentaje de la población urbana. Este proceso se concentraba, por lógica, en las provincias del cereal y, fundamentalmente, en Buenos Aires. En 1905 ya la población urbana supera a la rural.

En este panorama un párrafo especial merece el caso de la Capital Federal, pues su ascendente sobre sus hermanas del Litoral adquirirá un salto gigantesco: en 1869 con una población de 187.000 personas, tenía el 13 % de la población total del país. En 1914 tendrá 1.576.000 habitantes; lo que significa que casi la tercera parte del país se concentraba allí; de las ciudades del interior, sólo Córdoba y Rosario superaban los 100.000 habitantes cada una.

El acaparamiento de las mejores tierras de la zona pampeana por una oligarquía rapaz y parasitaria, sumado al capital británico, conformaba la tenaza de acero que había moldeado la estructura dependiente del país. Pero al país económicamente dependiente, no podía tolerársele tampoco una independencia de pensamiento.

El imperialismo europeo no sólo importaba sus manufacturas, al campesinado rural, al patrón y al proletariado urbano, sino también un sistema de ideas que conformó nuestra "colonización pedagógica", sustituto eficaz en las semicolonias "independientes", desde el punto de vista formal, del ejército de ocupación en las colonias; al que supera triplemente, pues es menos irritante de la susceptibilidad de los colonizados, más eficaz y más barato.

Las ideas librecambistas y antiindustrialistas eran el dogma inmutable de la oligarquía y su sistema de aliados, aún en los supuestos "partidos obreros" de la factoría pampeana.

La pequeña burguesía rural era expoliada entre el doble yugo representado por los monopolios cerealistas extranjeros y la clase de los terratenientes, a éstos disputaba el derecho a la propiedad de la tierra y el precio del arrendamiento. Pero su principal antagonismo de clase será con el peón criollo.

El proletariado agrícola criollo, el misero peón, no sólo el verdadero forjador de nuestra riqueza agraria, sino también la clase social ignorada por los "socialistas" y "comunistas".

El Sr. Corbière habla también en su artículo del "Grito de Alcorta", que duró desde 1912 a 1919 y formó parte del ascenso de esas clases sociales que se expresarían políticamente en el yrigoyenismo. De esa lucha saldría la Federación Agraria Argentina. Manejada por los sectores más acomodados de los chacareros capitalistas de la "pampa gringa", en su estrecho interés de clase, marginará a los jornaleros criollos.

Las "Reformas Agrarias" de stalinistas, democrata-progresistas y ciertos "radicales" tendrían la misma "amnesia" en relación a la peonada agrícola. También se olvida de ellos el Sr. Corbière. De ellos se acordará el "Estatuto del Peón" de Perón.

Entre las clases sociales de la semicolonias próspera también teníamos al sector de los pequeños y medianos ganaderos, que vendían al mercado interno. Relegados del privilegiado núcleo de los invernaderos de la Sociedad Rural, irían a remolque de su política.

También estaba el proletariado urbano, de origen inmigratorio. De sus capas superiores se gestaría una aristocracia obrera que recibiría algunos beneficios sociales y salariales derivados de la plataforma imperialista.

Toda esa pequeña burguesía urbana y rural; esos pequeños y medianos ganaderos; esos obreros calificadas de empresas extranjeras, esos privilegiados empleados del aparato administrativo del Sexto Dominio Británico, serán los relegados del sistema oligárquico-imperialista pero, a la vez, beneficiarios del mismo. Lucharán contra ese sistema por la obten-

ción de mayores beneficios, por su democratización, enfrentarán el dominio absoluto del poder político por la oligarquía, pero a la vez apoyarán el sistema librecambista. Estos "sectores populares" librecambistas servirán a la oligarquía aun en su oposición.

Separados por su origen ultramarino de las luchas del país en el siglo XIX, de su tradición federal democrática; compenetrados de la idea del progreso ininterrumpido del liberalismo europeo, sería parte del sistema. Olvidados en su miseria y su desamparo yacían los verdaderos relegados del mismo: los peones de pata al suelo, los pequeños productores rurales de cultivos no exportables, los trabajadores temporarios, los desempleados urbanos, las provincias "pobres".

Este proceso de complementación con el mercado mundial adquirió características particulares en la Argentina. Si lo comparamos con otros países en similar relación con el mercado mundial (Australia, Canadá, Nueva Zelandia), es decir, países agropecuarios exportadores con una economía rural de tipo capitalista, podemos apreciar que estos terminan adquiriendo altos niveles de industrialización e ingresos per cápita. ¿Por qué esa diferencia con la Argentina?

Porque allí existió una burguesía y pequeña burguesía sometidas a las leyes de acumulación capitalista; y aquí una oligarquía terrateniente que también es una clase capitalista, pero que no es burguesa, pues su ingreso básico no viene del proceso de valorización del capital, sino de su monopolio rentístico de la tierra. No son "fabricantes" de carne, son rentistas del suelo. Dios era criollo y la tierra generosa producía carne. Los ganaderos podían dedicar las ganancias en adquirir bienes raíces, radicar capitales en el extranjero, o a gastos suntuarios y muchos viajes por Europa. Su ausentismo como género de vida será proverbial. En la Argentina parasitismo económico y ausentismo serán sinónimos de oligarquía ganadera.

Esa renta, consumida improductivamente por una clase ganadera ausentista, capitalista pero no burguesa, será el freno fundamental para el proceso de acumulación capitalista argentino, el principal escollo para su desarrollo independiente. Este cáncer carcome al país desde hace más de un siglo y medio, su extirpación es imprescindible para que el país viva.

Sus mejores tiempos transcurrirán entre 1880-1930. ¿Era éste un "régimen capitalista en desarrollo?", como afirma el Sr. Corbière?

Indudablemente que no. Era una semicolonias agropecuaria dependiente del capital monopolista inglés, con un sistema de clases beneficiadas por el libre-cambio; esta plataforma litoral tendrá sus ciudadespuerto "europeas", sus obreros europeos, sus patrones europeos, sus agricultores europeos, sus intelectuales, hipnotizados por Europa, sus poetas cortesanos, sus ganaderos que vivían en Europa, sus grandes compañías europeas, sus bancos europeos y sus "partidos de izquierda" ... también europeos.

La estructura que montaron los ingleses en la producción agraria era de tipo capitalista, pero era un capitalismo agrario complementario y dependiente del monopolio industrial metropolitano.

La Argentina de comienzos de siglo NO era una sociedad capitalista. Una sociedad capitalista no comprende sólo relaciones de producción capitalistas, sino también determinado nivel de las fuerzas de producción y una estructura nacional de mercado interno.

La penetración británica, que implantó en nuestro litoral las relaciones de producción capitalistas (agrarias) para el mercado europeo, no sólo no creó un mercado interno sino que destruyó su embrión y fremercado interno. Nuestro "capitalismo", oligárquico y no burgués, fundado en la estancia y no en la fábrica, es un "capitalismo" del atraso, de la dependencia, sin estructura y sin técnica capitalista.

Este "capitalismo" no se rige por la ley de acumulación burguesa y de formación de un mercado interno, sino por la ley del consumo parasitario de la renta. Nuestra oligarquía, a pesar de ser capitalista, es el más grande obstáculo al desarrollo capi-

taísta, que implica: A) acumulación de capitales; B) formación de un mercado interno; C) crecimiento de las fuerzas productivas.

En el vértice de la estructura NO encontramos una burguesía, sino una oligarquía terrateniente cuyo ingreso fundamental depende de su monopolio del suelo.

Las características particulares del país constituyeron un enigma egipcio para el socialismo amarillo, el stalinismo, y el amplio y cada vez más dividido espectro de la izquierda cipaya. Jamás comprenderían la naturaleza de su contradicción fundamental!

En un país metropolitano la contradicción fundamental se da entre burguesía y proletariado. En nuestro país, el bloque conformado entre la oligarquía terrateniente, el capital comercial importador y el capital imperialista, por un lado, y el resto del país colonizado por el otro, es la contradicción fundamental. Generada en el marco de la balcanización de Latinoamérica, esa contradicción define el contenido nacional-democrático de la revolución argentina.

De allí el sentido democrático-burgués de los dos grandes movimientos nacionales de este siglo: yrigoyenismo y peronismo; de allí el error garrafal de la izquierda cipaya (o zapalla) que al enfrentarlos por "burgueses" sólo podían llenar su política de un contenido reaccionario.

¿COMO INFLUYO LA INMIGRACION EN LA CONFORMACION DE LOS PRIMEROS PARTIDOS OBREROS?

Si en Europa la industria surgió sobre el cadáver del feudalismo, aquí recibiría sus impulsos de las crisis con el Imperio.

Contra la industria nacional se levantaban los intereses del bloque oligárquico-imperialista.

Las crisis de 1874 y de 1890, que perjudicaron a la producción agraria, sirvieron de impulso al proceso de industrialización. La guerra del 14 sería un enorme propulsor: si entre 1910-1913 importábamos un 40% de bienes de consumo, en 1938 el porcentaje se había reducido al 28%, habíamos sustituido productos extranjeros por fabricación local.

En 1853 había en Buenos Aires 852 talleres y fábricas que ocupaban menos de 2.000 personas. En 1867 se había pasado a más de 11.000 establecimientos con 42.000 obreros. Estos trabajadores eran en su mayoría extranjeros. Junto con su fuerza de trabajo traerían de sus lejanas tierras sus hábitos de asociación y sus ideas, de ellos surgirían los gremios y los partidos obreros. Estaban acostumbrados a enfrentar la rapacidad de la burguesía industrial. Lucharían por su nivel de vida y sus derechos sociales.

Entre ellos había italianos y españoles anarquistas, alemanes venidos al país luego de 1848; actores de los movimientos nacionales italianos; franceses huidos de la masacre realizada por el chacal Thiers en la Comuna de París de 1871, el primer intento de Gobierno Obrero en el planeta. Estos trabajadores crearían los primeros sindicatos argentinos; los ingleses se ocupaban de las gerencias de las empresas extranjeras.

Los anarquistas se encontraban en su elemento en la pequeña producción artesanal. Artesanos criollos serían ganados por la fogosa verba anarquista y por su heroicidad en la lucha.

En 1872 se funda la sección argentina de la I Internacional, poco después sus miembros eran detenidos. La agremiación obrera era ilegal. Por la misma época los patronos se unían legalmente en el Club Industrial (luego Unión Industrial). Para el criterio oligárquico la asociación obrera era un crimen.

El año 1878 contempló asombrado la huelga de los tipógrafos. Duró un mes, pero al fin triunfó; los tipógrafos saboreaban el triunfo obtenido tras larga y dura lucha; habían conseguido una jornada de 12 horas en verano y de 10 horas en invierno!! Pero no

todo serían rosas, poco después maniobras patronales anulaban la conquista.

1895 marca el salto de la manufactura a la industria. La concentración de los establecimientos industriales significaba la concentración del proletariado; se daban las condiciones para que éste afirmara sus organizaciones. Por otro lado, la paulatina desaparición de la pequeña producción marcaba la edad de oro del anarquismo; pero su máximo fulgor era el preludio de su extinción al desaparecer la base social en que se apoyaba.

A comienzos de siglo obreros criollos e inmigrantes lucharían, principalmente, bajo las banderas del anarquismo; en el 16 muchos de ellos votarían por Yrigoyen. La aristocracia obrera sería patrimonio del Partido Socialista; los núcleos privilegiados del movimiento obrero tendrán, luego, sus diputados en el Parlamento.

Las disputas de esa época en el movimiento obrero de la semicolonía giraban alrededor de la falsa opción "acción directa" o "conquistas progresivas". El Partido Socialista ya había sido creado en 1896.

Buenos Aires, a 100 años de la Revolución de Mayo, era un lugar donde los horarios laborales se extendían de 12 a 16 horas diarias, con el salario apenas se sobrevivía, siendo soltero; época de Semana Trágica y de Coronel Falcón derramando sangre obrera, de 330 huelgas y de 2.000 obreros presos; de mujeres y niños trabajando a la par del hombre, y de anarquistas heroicos e ingenuos que esperaban cambiar las estructuras sociales con el poder destructivo de la pólvora; época en que si bien no había leyes laborales, había una Ley de Residencia para echar del país a todo trabajador extranjero que demostrara ganas de luchar por una vida más digna; época de tenebrosos conventillos, de desocupación, de enfermedad; época de viajes a París de la oligarquía y de viajes a Ushuaia de los militantes obreros. Pero, a pesar de todo había algo alentador: la Justicia, erecta y ciega en su frío pedestal, era estricta y recta: por robar un dedal, un pantalón o un pollo se dieron casos de hombres condenados a 4 o 6 años de prisión.

Los obreros, criollos o inmigrantes, eran mirados con la nariz fruncida por esa aristocracia "con olor a bosta", al decir deslenguado de Sarmiento. El desprecio al proletariado inmigrante era compensado por la admiración de la cultura y la dignidad europeas de los gerentes ingleses. Estos eran respetables europeos; los obreros tan sólo despreciables "ácratas" extranjeros. Este era el "nacionalismo" ganadero.

La lucha obrera en la Argentina agropecuaria limitaría sus heroicos esfuerzos al enfrentamiento a la débil y voraz burguesía industrial. Su error principal será desconocer la dependencia global del país, aislarse de los otros sectores postergados del interior mediterráneo, más sumergidos que ellos; ignorar a la oligarquía y al imperialismo como los enemigos fundamentales de la clase obrera y de los otros sectores populares. Sus esquemas europeos, trasladados a otra realidad social, dejaban de ser liberadores, constituían más bien un freno. La ideología liberadora de la clase obrera, debía ser liberada a su vez. Sería necesario repensar, reelaborar los esquemas importados para que readquirieran su función liberadora.

Los "liberadores" de la clase obrera, reducidos al ámbito de las ciudades prósperas del litoral libre-cambista, desarraigados del país y de sus tradiciones, harían el juego al frente oligárquico-imperialista que temía más al desarrollo de un capitalismo nacional que a las bombas y las frases altisonantes y huecas. Los dueños de tierras y haciendas, mientras rumiaban placidamente la renta diferencial, contemplaban satisfechos a ese socialismo de espaldas al país.

En 1908 ya había concentrado el 35% de los obreros y de las industrias del país, y el 45% de la capacidad productiva total. Por cierto que aquí tam-

bién merece un párrafo especial la Capital Federal: poseía 1/3 de los capitales, establecimientos y personal (casi 1/2 de la fuerza motriz de la Argentina! El resto del país (exceptuando el litoral) tenía 1/4 de los establecimientos y de la fuerza motriz, 1/3 del personal y capitales. Esto significa que tan sólo la Capital Federal gravitaba más que todas las provincias del interior juntas!

El 70% de la industria estaba radicada en la plataforma litoral: Las 2/3 partes de los obreros de la Capital eran extranjeros, el 85% de los patronos también.

El censo de 1914 establece un 30% de extranjeros en la población, pero es preciso no olvidar que dentro del 70% de argentinos, muchísimos lo eran de la primera generación, y en un sentido cultural y político, parcialmente extranjeros. El peso político de los inmigrantes se acentuaba pues en mayoría eran del sexo masculino y sus edades entre 20 — 30 años (plena edad laboral). El porcentaje de nacionalizados es índice significativo de su poder de arraigo: apenas un 2.3%. Por el otro lado, la composición extranjera de "nuestra" burguesía industrial, indica bien a las claras que la oligarquía argentina no invertía sus inmensas rentas en la industria, era preferible viajar a París y tirar manteca al techo.

La ciudad cosmopolita, exhuberante y europea, mecía en su regazo a la izquierda cipaya y al nacionalismo vacuno. Esos "partidos proletarios" serían antiobreros al ser antinacionales. Ese "nacionalismo" oligárquico sería antinacional al ser antiobrero.

Del seno de la ciudad fenicia saldrían todos los partidos políticos "tradicionales": el conservadurismo, la democracia progresista, el radicalismo (su ala "galerita"), el socialismo de Justo y el stalinismo de Codovilla. Estos últimos, autotitulados "partidos obreros", expresaban no sólo la falta de inserción del proletariado inmigrante sino, más ampliamente, los intereses de la sociedad liberal-oligárquica en un lenguaje "marxistizante".

El Sr. Corbière nos cuenta que "con (los internacionalistas) se fueron también muchos veteranos de la primera hora, fundadores del Partido Socialista en 1896... Se trataba de un núcleo de marxistas que contribuyeron a fines de siglo con su inteligencia y dedicación al estudio de la realidad nacional. Sus nombres fueron Gotoldo Humel, Germán Müller, Guillermo Schulze, Rodolfo Schmidt y Augusto Kühn."

En relación a esas "contribuciones al estudio de la realidad nacional", Puiggrós opina: "Parecerá paradójico que se acuse a liberales e izquierdistas de no conceptualizar la realidad del país... Lo que aparenta ser la conceptualización de la realidad es la aplicación a la realidad de los conceptos derivados de otros conceptos." O sea, más allá del valor empírico, no hicieron aportes significativos al estudio de la realidad nacional.

"Desde su fundación hasta 1930, la literatura comunista no aborda el examen del imperialismo británico en la Argentina, fuera de aisladas y defectuosas referencias." (J. J. Hernández Arregui).

Como hemos visto, el enemigo fundamental del país era el Imperialismo Británico, pero... ¡oh! ¡sorpresa! no sería un stalinista quien más y mejor estudiaría la penetración británica en la Argentina, ni tampoco un socialista amarillo, ni un anarquista; sería un nacionalista democrático ligado a FORJA, Raúl Scalabrini Ortiz.

Pero, en verdad, stalinistas y socialistas cipayos eran, en esa época, antiimperialistas... sólo que antiimperialistas del imperialismo yanqui, cuando quien más nos oprimía era el imperialismo inglés. (En lo relativo a los stalinistas debe exceptuarse, por cierto, los momentos en que la burocracia soviética, por motivos circunstanciales de SU política exterior, era antibritánica). Todo se comprende si consideramos que el Partido Comunista Argentino constituyó la variante pro-rusa del socialismo pro-inglés de Juan B. Justo.

¿COMO FUE EL "SOCIALISMO" DEL DECANO DE LA IZQUIERDA CIPAYA EN LA ARGENTINA?

Vimos que como resultado del incipiente desarrollo industrial de fines del siglo pasado surgió el Partido Socialista. La naturaleza predominantemente europea del proletariado de la plataforma litoral, fundamentalmente en la Capital Federal, dio a estos socialistas un marcado linde europeo. La influencia oligárquica de la ciudad cosmopolita doblegaría sistemáticamente las tendencias nacionales que pugnaban por brotar de su seno; favoreciendo, en cambio, las tendencias "clásicas" e internacionalistas abstractas. Así este partido pequeño-burgués librecambista expulsaría, entre otros, a Ugarte y al joven Palacios entre 1913 y 1915. Habían tenido la osadía de pretender unificar el pensamiento socialista con la causa nacional. Un Palacios sometido volvería a su seno. Manuel Ugarte, enterrado en vida por el dominio cultural oligárquico, sería un desconocido para los argentinos. En el terreno de las ideas, todo, hasta lo más exótico, puede permitir la oligarquía, menos la combinación del socialismo con el movimiento nacional.

Ignorante del país y de sus tradiciones, el país les pagaría con la misma moneda. Por ello el P. S. al igual que su vástago eslavófilo, titulados partidos "marxistas" y "obreristas" no tendrán marxistas ni recibirán la adhesión de la clase obrera. Nunca comprenderían nuestra realidad social de país dependiente. Pero si los trabajadores se olvidaron de ellos, en cambio no los olvidará la oligarquía que guardará siempre para ellos los papeles de "izquierda" en sus espectrales representaciones.

En la semicolonía de los inmigrantes no sería el P. S. quien cumpliría el papel de asimilarlos a la vida política nacional sino el radicalismo yrigoyenista, y terminarían de "nacionalizarse" en el proletariado industrial de la Década Infame, que sería luego la base popular del Peronismo. Dice J. E. Spilimbergo: "(El crítico) nos acusa de "anacronismo", pues estaríamos olvidando que si Justo prestó tanta atención a los inmigrantes ello se debía a que "dos de cada tres adultos de la capital eran (entonces) extranjeros". ¡Pero es que nosotros no acusamos a Justo de prestar consideración a los inmigrantes, sino de haber cumplido MAL esa tarea, que cumplió BIEN el yrigoyenismo!"

El Partido Socialista Argentino reflejaba también la decadencia ignominiosa de la socialdemocracia europea, y hacia 1911 era cabal expresión de la influencia imperialista a través de los sectores de la aristocracia obrera, impregnados de reformismo europeo.

Dice el Sr. Corbière: "Difícil resulta prever cuál hubiera sido el desarrollo del sindicalismo argentino si, en lugar de adoptar una posición apoliticista, el Partido Socialista hubiera aceptado la estrategia del Comité Central."

Los dirigentes socialistas alzaron un muro entre ellos y los gremios, cuya ingerencia dentro del Partido veían con desconfianza. En realidad el problema involucra a la totalidad de la izquierda argentina, pues, ya sea "el partido" o como "minoría revolucionaria de vanguardia" se vivió aislado de las masas, y muchas veces, con suficiencia rectora, desconectados de la clase trabajadora pretendieron fijarle la línea y orientación ideológica. Los resultados de esta política fueron a todas luces desastrosos."

¿Quiere decir el Sr. Corbière que por un simple error de táctica fracasó el "socialismo" en la Argentina? ¿Y para cómo resulta que la táctica errónea había sido "adoptar una posición apoliticista (en relación a las organizaciones gremiales)" o sea "vivir aislado de las masas"? ¿Y explica su desconexión de las masas por una tendencia intrínseca del P. S. a la ermitañez ("alzaron un muro entre ellos y los gremios")?

El Sr. Corbière plantea las cosas como si "los resultados de esta política, la "política", la estrategia, era aislarse las masas) fueron a todas luces desas-

trosos" (la consecuencia de esa "estrategia" fue... estar aislado de las masas). Esto equivale a decir: "Yo manejé mal el martillo; de mi táctica de golpearle el dedo, obtengo como resultado... tener el dedo golpeado; mis resultados en el manejo del martillo son a todas luces desastrosos." Lo que el Sr. Corbière se pasa por alto y NO nos explica es lo más importante: ¿por qué el Partido Socialista "manejó el martillo"?

No, no, no Sr. Corbière, el vivir "aislado de las masas" es la consecuencia NO de una táctica errónea, sino de una política errónea; no podían existir tácticas acertadas, tácticas "salvadoras" en el contexto de una política globalmente errónea, profundamente errónea. Pero en política los errores, cuando son reiterados, equivalen a la traición; en éste caso traición a la clase obrera, al socialismo y al país. ¿Es por éso que vivieron aislados de las masas! Al ignorar la naturaleza de la contradicción fundamental en un país dependiente, su política fue antinacional, y por ende antiobrero y antimarxista. Y así sí, en efecto, "los resultados de esta política fueron a todas luces desastrosos."

De este partido Socialista profundamente "europeo", despreciativo del nativo y de la "política criolla"; culto, respetable y "científico"; antialcohólico (del vino, no de la cerveza que era una bebida sana que se consumía en Inglaterra); liberal y mitrista; de cooperativistas pequeño-burgueses y fundador de bibliotecas para educar a la "chusma"; positivista y evolucionista; parlamentarista; antidialéctico y antileninista ("el imperialismo es un invento de Lenin", dirá un discípulo de J. B. Justo); "internacionalista", antiindustrialista y antiobrero; de esta socialdemocracia profundamente putrefacta, surgirá en 1912 la tendencia "marxista-revolucionaria" que se escindió en 1918 con el nombre de Partido Socialista Internacional. Ya la elección del nombre señalaba las características de la escisión.

¿QUE CARACTERISTICAS TUVO LA ESCISION DE 1917?

La guerra del catorce, intento de una nueva repartición del mundo colonial, acentuó la crisis interna que vivía el P. S., exacerbó las disputas entre el sector más putrefacto del Partido y los jóvenes que pugnan por darle un contenido más revolucionario, menos reformista.

La tendencia de izquierda, aunque compartía la visión del país y de Latinoamérica, asumió una postura correcta frente al conflicto interimperialista.

J. B. Justo, pro-inglés y antimilitarista, apoyaba el militarismo del imperialismo opresor de su patria.

No sólo obraba el conflicto bélico sino también los influjos revolucionarios que la Rusia Bolchevique expandía por el mundo de los oprimidos. En los albores del nuevo siglo aparecía una isla de Gobierno Obrero en un mundo que se sumergía en las tinieblas de la guerra de los imperios. El ascenso permanente del capitalismo, fundamento de la degeneración de la socialdemocracia europea, había finalizado.

Pero la causa desencadenante de la escisión fue la violación, por parte de la abstemia dirección del P. S., de las decisiones del III Congreso Extraordinario.

"El 6 de enero de 1918 surge a la vida política argentina el Partido Socialista Internacionalista —más tarde Partido Comunista— bajo la dirección de dos grandes líderes de la clase trabajadora: Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi", dice el stalinista Rubens Iscaro (Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino).

Afirma el Sr. Corbière: "Los socialistas internacionales no actuaron —según se cree equivocadamente— al influjo de la Revolución Rusa, transportando mecánicamente una experiencia vivida en otro país, el nuestro. Fue un movimiento socialista de izquierda

que se originó, desarrolló y consolidó dentro del Partido Socialista."

Al respecto, dice el "Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina", redactado por el stalinismo, como se sabe... "A ese despertar político del pueblo argentino contribuyó grandemente el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Rusia y los movimientos revolucionarios de postguerra que tuvieron lugar en Europa (Hungría, Bulgaria, Alemania, Italia, etc.). Este hecho, además de conmover a los obreros nativos y a los diversos sectores populares de nuestro país, ejerció una gran influencia sobre vastas capas de residentes extranjeros que se movilizaron en ayuda de los movimientos revolucionarios que se desarrollaban en sus respectivos países." Si recordamos la composición "nacional" del P. S. y las mismas palabras del Sr. Corbière: "La participación de inmigrantes y exilados políticos europeos de pensamiento socialista, marxista y anarquista, nutrió a fines del siglo pasado y en la primera década del actual, las filas de los movimientos revolucionarios argentinos. Españoles, italianos, algunos franceses y alemanes y muchos procedentes de Europa Oriental, participaron y militaron en las filas del Partido Socialista y del anarquismo. Luego de la Revolución Rusa de 1917 algunos se sumaron al naciente Partido Socialista Internacional (comunista)."

... ¿no influyó la Revolución Rusa? ... Esto, por otro lado, no tiene nada de pecaminoso, pero plantea la necesidad de saber de qué manera influyó.

Pero volvamos por ahora al momento de la escisión.

Si bien la posición de los socialistas internacionales era correcta, la escisión nacía como resultado de una polémica internacional, no como discrepancia fundamental en la interpretación de la realidad argentina y latinoamericana. Si bien la crítica al reformismo del socialismo amarillo era válida, esta crítica, considerada abstractamente, conformaba un aspecto secundario y dependiente de la cuestión fundamental: la necesidad de revalorar la interpretación errónea juanbejustista de la historia del país y de su realidad social y nacional. La crítica al reformismo, desconectada de la cuestión principal, no podía trascender los límites del cipayismo, no bastaba para destruir la dura caparazón que envolvía y separaba el pensamiento socialista de nuestra realidad de país dependiente del imperialismo inglés con una oligarquía y una burguesía comercial parásita como sus aliadas nativas.

El mismo error fundamental han cometido las distintas escisiones del P. C. Hoy en día las distintas variantes de neo-izquierdistas cipayos critican al P. C. por... reformista! La historia se repite.

"Todo partido es una larga tradición ideológica y organizativa. Las crisis sociales suelen quebrantar su unidad, pues mientras un sector se aboca en la vieja ideología... otro sector pretende renovar el partido para colocarlo al nivel de los acontecimientos. Lógico es, sin embargo, que en un primer momento, el sector de los renovadores utilice las categorías mentales... del sector reaccionario... La lucha interna (ideológicamente considerada) parte de las antiguas categorías mentales, pero con una voluntad de renovación... el logro de (las) aspiraciones (de aproximarse efectivamente a la clase trabajadora y de convertir al socialismo en fuerza de estructura nacional) depende (en último análisis) del éxito en superar las categorías mentales heredadas, pues ellas son las responsables del fracaso y aislamiento que ha abierto un abismo entre la organización socialista y las masas." (J. E. Spilimbergo)

Producto de la gangrena incurable de la Socialdemocracia, lejano vástago de la Revolución Bolchevique, el Partido Comunista Argentino participará de su decadencia y se conformará definitivamente bajo el férreo custodia de la degeneración burocrática stalinista.

pados en asesinar revolucionarios abriéndole el camino a Franco.

Tal vez se hiera alguna susceptibilidad tratándose de un finado, pero cosas peores dijo él de la clase obrera argentina, y cosas peores hizo.

De cualquier manera esto no debe interpretarse como un ataque personal, pues Vittorio Codovilla no es sólo Vittorio Codovilla, es la personificación del P. C. Argentino, éste no es sólo el P. C. "Argentino", es la agencia argentina de los intereses de la política exterior de la burocracia soviética y el ala izquierda de los enemigos fundamentales del pueblo argentino.

¿ES MARXISTA-LENINISTA EL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO?

Así lo sugiere el Sr. Corbière en su artículo.

Para un marxista revolucionario de un país dependiente existe una piedra de toque: su actitud ante los movimientos nacionales, o sea, en este siglo, el yrigoyenismo y el peronismo.

Es conocida la posición de los maestros del marxismo ante la cuestión nacional (aunque desconocida por la "familia conejín" de la izquierda cipaya: socialistas amarillos, stalinistas, titoístas, albaneses, vietnamitas, "comunistas revolucionarios", "clasistas", "trotskystas", maoístas, guevaristas, fidelistas, y todos los demás "istas"; miran la realidad argentina y latinoamericana con ojos europeos, vietnamitas, chinos o rusos y, claro, no comprenden nada y sólo atinan a deletrear generalidades teóricas como papagayos rojos, es decir, hacen lo que NO hizo ni Fidel en Cuba, ni Mao en China, ni Lenin en Rusia.)

Para Lenin era fundamental la pregunta, ¿estamos hablando de un país oprimido o de un país opresor? y a partir de allí comenzaba el análisis. Según él, que alguna experiencia tenía, "el ataque al nacionalismo de un país oprimido, significa apoyar el nacionalismo del país opresor." Es decir, apoyar al imperialismo.

Marx, a pesar de no haber vivido la era del imperialismo, apoyaba las luchas de Irlanda por liberarse de Inglaterra.

Trotsky decía que en caso de una hipotética guerra entre un Brasil "fascista" (país dependiente) y una Inglaterra "democrática" (país opresor), la posición de un revolucionario debía ser apoyar al Brasil "fascista" contra la Inglaterra "democrática".

¿Por qué estas posiciones? Porque las luchas nacionales de liberación conforman el evento revolucionario por excelencia del siglo XX, es decir, en la época del imperialismo.

Tales luchas patrióticas, nacionales, tienden a debilitar el sistema mundial del imperialismo. Este posee la base de su poder en la existencia de pueblos coloniales y semicoloniales, en la existencia de países oprimidos. La lucha de estos pueblos por su unidad e independencia nacional es revolucionaria en un doble sentido: si por un lado crea las condiciones favorables para su propio desarrollo, por el otro destruye el basamento mismo del imperialismo, pues sin países dependientes desaparece como tal. Al liberarse estos pueblos, reintroducen en la misma metrópolis la crisis exportada previamente por el imperio a los pueblos explotados (y sino que nos digan, por ejemplo, los ingleses, qué pasa al cerrarse el grifo petrolero árabe). Estas luchas nacionales, en este sentido, forman parte de la lucha mundial por el Socialismo. Este es el internacionalismo que liga la cuestión nacional del país oprimido con la cuestión social del país opresor.

Por ello, la única táctica admisible para un marxista revolucionario de un país dependiente es apo-

yar esa lucha nacional de liberación y mantener celosamente la independencia organizativa, política e ideológica, luchando por imponer la conducción proletaria en el frente nacional. De ello surge el apoyo crítico a la dirección nacional-burguesa del frente nacional contra el frente oligárquico-imperialista. Los "izquierdistas" que pasan de la posición gorila al sometimiento a la dirección nacional-burguesa, es decir, del seguidismo al imperialismo al seguidismo a la burguesía nacional, comprometen seriamente la perspectiva estratégica del Socialismo y preparan, en último análisis, una nueva "masacre de Shanghai". La hegemonía política de la clase obrera en el frente nacional le quita las vacilaciones y contramarchas que le otorga a ese frente la burguesía nacional; esa hegemonía obrera, en la profundización de la lucha nacional antiimperialista crea, a su vez, las condiciones para conquistar su propia perspectiva estratégica, el Socialismo. No habrá Revolución Nacional sino se irasunta y profundiza en Revolución Socialista; pero no puede lucharse por la Revolución Socialista oponiéndola a la Revolución Nacional.

¿LUCHA NACIONAL O LUCHA DE CLASES?

Así como los nacionalistas burgueses oponen la lucha nacional a la lucha de clases, los izquierdistas cipayos oponen la lucha de clases a la lucha nacional.

Al desconocer la cuestión nacional, la izquierda cipaya establece una equiparación, una igualdad, entre la burguesía nacional y la burguesía imperialista. De esta manera luchar contra el imperialismo será para ellos, en primer lugar, luchar contra sus "representantes nativos", luchar contra Yrigoyen, luchar contra Perón. Este "error teórico" será la causa de su "entrega práctica" al bloque oligárquico-imperialista bajo un supuesto "izquierdismo antiburgués".

Jamás comprenderán estos colegas de "izquierda" de Sanmartino y Rojas, que la lucha nacional ES una de las formas de la lucha de clases. La lucha de clases, en el sentido de la contradicción social entre proletariado y burguesía, no queda por ello "abolida", sino que se mantiene comprimida, condensada, dentro del marco más amplio del enfrentamiento nacional, es decir, la lucha de clases se sigue desarrollando dentro del seno del frente nacional, pero el proletariado subordina estratégicamente su contradicción social con la burguesía nativa, a la contradicción NACIONAL con el bloque oligárquico-imperialista, con el frente antinacional. La contradicción secundaria asume, en parte, las características de lucha por la condición del proceso, es decir, la lucha proletaria por el socialismo se inserta "dentro" de la lucha por la revolución nacional y solamente a partir de ella puede plantearse su estrategia de poder obrero.

En este contexto la lucha "socialista pura", "clasista", "antiburguesa", por más revolucionaria que aparente, se traduce concretamente en sometimiento al frente gorila y, secundariamente, favorece a la misma burguesía nacional, pues abandona la lucha por la conducción del proceso.

Si bien no puede haber proletariado libre en un país sometido, el proletariado no puede esperar, por otro lado, que la burguesía le "ceda" graciosamente la conducción del frente nacional. Como dijo Marx en 1848 y lo reiteró el mismo Perón en 1944, "la liberación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos."

La crítica a la Incomprensión de la cuestión nacional es válida no sólo para el stalinismo, aunque sea obvio reiterarlo, sino para todo el amplísimo espectro en que debate su impotencia la izquierda cipaya.

La "Intelligentsia" en un País Semicolonial

por Jorge Abelardo Ramos

No he tenido oportunidad de leer el *Libro de Manuel*. Pero tengo conocimiento de que Cortázar ha donado el importe de un premio literario a la resistencia de Chile. De este episodio nace un tema de más amplio interés.

¿Los intelectuales tienen deberes especiales hacia América latina que exceden la fidelidad específica a su vocación? Estos deberes, ¿asumen un carácter político revolucionario? La tradición intelectual de la Rusia zarista atribuía a la "intelligentsia" ciertas obligaciones morales. La revolución latinoamericana de nuestro siglo también le impone, de algún modo, algunas determinaciones hacia el drama colectivo. Ni las Iglesias entre nosotros han podido escapar a esta presión generalizada de la opinión pública, que de algún modo ha enterrado el antiguo debate sobre "el arte por el arte", defendido todavía por los artistas "puros" y que las clases dominantes de todo lugar y época erigieron como la regla primera de toda creación artística.

La donación de Cortázar ha dado lugar a recriminaciones conocidas. Se le reprocha vivir en Francia y haber adoptado la ciudadanía francesa. De ese modo, dicen, su simpatía hacia Cuba y las revoluciones en general asume un sesgo más bien platónico o

retórico. En mi opinión, la conducta política de Cortázar es actualmente mucho mejor que hace treinta años, cuando estaba vinculado al grupo de la revista *Sur*. Prefiero un Cortázar que dona un premio en metálico a la resistencia chilena que a un Borges que se burla (naturalmente, con suave "humour" británico) de todos los oprimidos y sufrientes. No sé si hay afectación en uno u otro; pero la actitud de Cortázar lo acerca al género humano y la de Borges al mundo de los satisfechos y barrigones de esta sociedad.

También pienso que Cortázar no debe detenerse allí. Es bueno que haya pasado de la amistad con Victoria Ocampo a la solidaridad con la revolución latinoamericana. Ahora espero que prosiga una evolución deseable y se reencuentre con la Argentina, que, guste o no, es la materia vital de su obra. Pues con Cortázar ha ocurrido algo bastante frecuente en gente que no tiene sus méritos. Hay intelectuales a los cuales les gustan los negros de Cuba, pero que detestan los negros de la Argentina. Son revolucionarios en la Isla pero cipayos en su propio país. El certificado de buena conducta revolucionaria que les otorga su amistad hacia los cubanos les permite actuar y pensar en la Argentina contra los ideales e ilusiones de las masas y meterse alegre-

mente en la barricada oligárquica cada vez que una crisis nacional divide al país.

Al decir esto, no me interesa que Cortázar prefiera vivir en París a hacerlo en Buenos Aires o Purmamarca. La residencia geográfica no tiene una importancia decisiva. Carpentier ha vivido gran parte de su vida en París y sus libros magníficos no nos hablan de París. García Márquez viajó a Europa y escribió allí porque la aldea de la factoría cafetalera lo sofocaba. Pero se llevó a Colombia en su corazón. De ahí su obra. Por el contrario, Borges ha escrito siempre en Buenos Aires (y algunas veces sobre Buenos Aires) pero su espíritu, desde su infancia, ha sido inglés, lo mismo que su sobrenombre, sus autores predilectos, su té sin leche, sus sueños y hasta su abuela. Si su padre no lo hubiera metido en esa biblioteca de literatura inglesa cuando era un niño y en la cual aprendió a soñar en otro idioma, su admirable poder literario habría brindado quizás un gran escritor argentino. Pero la sociedad de su tiempo, toda ella, estaba tendida hacia Europa y poco importó en qué ciudad viviera el escritor. A diferencia de García Márquez, Borges tenía en su corazón a Europa, aun viviendo en Buenos Aires. Recuerdo ahora que los hombres del 900 viajaban a Europa para encontrar allí la civilización y la cultura que el Viejo Mundo había impedido crecer en el terruño. El nombre de Manuel Ugarte es bastante significativo para señalar el carácter nacional de tales emigrados y el tipo cosmopolita de muchos residentes.

A propósito de Cuba, el caso de Martínez Estrada es muy elocuente. No sólo manifestó su adhesión a la revolución cubana sino que hasta se fue a vivir a Cuba. De ahí la confusión reinante en Cuba y entre nosotros acerca de las ideas políticas de este escritor. Toda su obra ensayística está dirigida contra el pueblo argentino, bajo la envoltura de imprecaciones bíblicas: es un enemigo jurado del gaucho, de Martín Fierro y de Hernández; condena a los argentinos en general por enfermedades éticas incurables nacidas de una especie de barbarie original, por lo cual glorifica a Sarmiento, degollador de gauchos, y culpa al mestizaje latinoamericano del drama y de la esterilidad de la América latina.

Como su prosa parece escrita en caracteres cirílicos, por lo difícil de leer, mucha gente ha prescindido de hacerlo y habla de él por mentas. Pero Martínez Estrada jamás describió a la oligarquía argentina, a su partido, el mitrismo, y al imperialismo como los responsables directos de nuestros viejos dolores y reyertas. Por esa razón le dieron el Premio Nacional de Literatura en 1933,

negado a Manuel Ugarte, y por tal motivo su providencial amistad hacia Cuba tendió muy oportunamente un velo revolucionario sobre su simultánea condenación del Estatuto del Peón en la Argentina, su aversión a la clase obrera peronista o sus juicios de señora gorda sobre Evita. Todo esto está escrito: no hace falta ir al Archivo de Indias.

Por todo lo dicho, creo que hay que declarar absuelto a Cortázar, pecador de otros pecados, por vivir en París. Que le aproveche. ¡Hay tantos envidiosos! Sólo debemos juzgar su obra, sea donde fuere escrita.

Pero el asunto no está agotado: ¿hay deberes revolucionarios para el intelectual de América latina? Digamos ante todo que vivimos en una sociedad en revolución. América latina está embarazada de un niño pantagruélico que comenzó a gestarse en las guerras de la Independencia y que aún no ha logrado nacer. En los dolores del parto, la gran nación latinoamericana que no pudo ser en tiempos de Bolívar, San Martín o Artigas, se dirige a constituirse y civilizarse. Como los procesos artísticos o estéticos no son un mero reflejo de la sociedad civil donde cada clase, en cada momento, inscribe sus quimeras, según creía candorosamente Plejanov en su simplificada estética marxista (heredada por las Academias stalinistas), sólo cada tanto tiempo un gran artista, persiguiendo sus propios objetivos, da a luz una obra que, como *Cien años de soledad*, recrea con palabras la porción de humanidad que vive en esta Tierra Firme.

Si García Márquez no hubiera donado a su turno otro premio para financiar un movimiento socialista en Venezuela o no hubiera declarado su afecto por los cubanos, el valor de su obra, a mi juicio, no hubiera disminuido en lo más mínimo. Siempre creí, y así lo puse hace muchos años por escrito, que Manuel Gálvez era nuestro gran novelista, a pesar de algunos aspectos reaccionarios de sus ideas (no de todas). Supongo que no se habrá olvidado el ejemplo de Balzac, del que Marx decía que era un ultramontano que escribía a la luz de "dos verdades eternas: la Religión y la Monarquía", pero al que su poderosa conciencia de artista había obligado a desenvolver en *La Comedia Humana* un despiadado análisis de la nobleza y del régimen monárquico. Las ideas políticas del ciudadano privado resultaban vencidas por la verosimilitud irresistible de la obra de arte. El fruto artístico, en resumen, es más importante que la ideología de su autor. Si hay una correspondencia entre ambos, como en el caso de García Márquez, nos encontramos ante un caso excepcional de probidad y genialidad reunidas. Padre de una gran obra e hijo de su tiempo, ¿qué más podría pedirse a un artista?

La disociación es más frecuente, sin embargo, y resulta bastante común encontrar intelectuales sin intelecto que han descubierto un atajo hacia el prestigio por medio de sus opiniones políticas favorables a las revoluciones triunfantes. Tal es el caso de los "amigos de la Unión Soviética" en otra época y de los "amigos de Cuba" más tarde. A semejanza de los viejos Imperios, que otorgaban a los intelectuales predispuestos pródigas becas y viales pagos, los Estados socialistas se vieron luego asediados por una legión que he llamado la del "turismo pos-revolucionario". Naturalmente, el viajero quedaba maravillado, y hasta apampado y sin una gota de espíritu crítico, si es que alguna vez lo había tenido, ante la generosidad de los Estados. Esto se explica, puesto que el intelectual forma parte de la sociedad en que vive; sus medios materiales de existencia están en relación con dicha sociedad. En los tiempos actuales, de un lado se divisa el bloque del imperialismo; por el otro, el bloque de los Estados socialistas; y en el campo minado de la historia, América latina. Es fácil comprender que la ideología implícita de la "intelligentsia" formada en la sociedad semicolonial ha sido siempre la expresión del conformismo espiritual y de sus valores establecidos. Los rebeldes han sido excluidos de ella, como algunos de los hombres del 900 ya citados. La gran mayoría ha podido sobrevivir en los cargos públicos, la enseñanza, el desierto sepia de los suplementos dominicales en los grandes diarios, y, los más privilegiados, hasta en los escalones inferiores de la diplomacia.

Nadie ignora cuáles fueron históricamente los valores de esta sociedad oligárquica: una desproporcionada devoción por la cultura europea; propensión al culto de la forma y al bizantinismo literario; exagerada y a veces aberrante obsesión por el lenguaje y sus mecanismos y un no disimulado desprecio por cuanto el lenguaje debe expresar; defensa del intelectual como casta sacerdotal intangible; una oculta pero férrea adhesión al democratismo formal de los partidos pequeños burgueses, partidarios del "statu-quo". Y más allá, en el fondo, bien en el fondo, una cobardía extrema hacia la sociedad que los obliga a ser así. Cuanto digo rige genéricamente para la "intelligentsia", sea de izquierda o de derecha. Hay excepciones en ambos lados.

No olvidaré que en 1940, cuando un agente de Stalin asesinó a Trotsky, un puñado de jóvenes no logramos encontrar ni un solo intelectual, ni siquiera de segunda o tercera, que se atreviera a poner su precioso firma al pie de un manifiesto condenando la muerte del organizador de la Insurrección

de Octubre. Yo adquirí en esos días ideas muy claras sobre el coraje de los intelectuales de izquierda. De los de derecha, más vale no hablar, pues ellos no tienen necesidad de fingir. Ese es un mérito que es preciso concederles. Si se realizara un análisis político-literario de la obra de Borges (que conozco en detalle desde las ediciones príncipe impresas por Colombo hasta sus últimos escritos) se encontrarían pruebas a montones de que el poeta capaz de recordar a un familiar que hablando de los Borges decía que todos ellos "*habían nacido del lado bueno del Arroyo del Medio*", no oculta jamás sus ideas, por más detestables que ellas sean. Se experimenta cierto alivio moral cuando no hay hipocresía sino sinceridad total en una confesión, por dura que sea.

El malestar moral proviene, en cambio, de la simulación política de ciertos intelectuales, producto de la fragilidad de una sociedad atrasada que impone una verdadera incertidumbre al destino de las clases medias. De ahí las vacilaciones del intelectual, que jamás otorga crédito a la lucha revolucionaria, salvo cuando ésta se ha transmutado en la conquista del Estado. La furiosa reacción de Fidel Castro con motivo del conflicto con Heberto Padilla puso de manifiesto la decepción del caudillo cubano ante esa "intelligentsia" a la que había brindado la Isla durante años sin limitaciones, pero con la que no podría contar en modo alguno. Va de suyo que omito analizar a la "intelligentsia" de los grandes países metropolitanos, pues escapa al asunto que nos ocupa.

Una de las demostraciones de la europeización política de la "intelligentsia" ha sido la dificultad que ha encontrado siempre para percibir la significación del peronismo y en general de las revoluciones nacionales que brotan cíclicamente en América latina. Comprenden mejor lo más lejano que lo más próximo. En los últimos diez o quince años, "izquierdizan" su incompreensión de Perón, así como hace treinta años teñían con un color "democrático" su hostilidad al mismo movimiento. Pululan los eruditos en Mao, Trotsky y últimamente en Gramsci. Pero repiten los últimos productos de ultramarinos, ya que una cosa es el bonapartismo en el análisis de Gramsci y otra el esfuerzo de repensar el marxismo para entender la íntima complejidad del movimiento nacional, con sus ángeles y dráculas. Trivialidad erudita, o semierudita, nada útil puede aportar a la revolución, ya que las revoluciones, como dice el poeta peruano Leoncio Bueno, se desploman como un torrente que arrastra materias impuras junto al noble metal, muy lejos de las ilusiones

de los intelectuales que, como esos codiciosos buscadores de oro de Iquitos, sueñan con encontrar el oro amonedado.

El dramaturgo mexicano Rodolfo Usigli señalaba no hace mucho en *La Opinión* un notable ejemplo análogo, en sus compañeros de generación literaria, que se llamaban a sí mismos "generación de postguerra". Ahora bien, decía Usigli, nosotros no hemos tenido una guerra sino una revolución. En lugar de llamarse la "generación de la post-revolución" los amigos de Usigli se decían la "generación de la postguerra", como sus colegas de Europa, lugar que era para ellos el escenario donde transcurría la historia. Europeización por la derecha o por la iz-

quierda, el intelectual latinoamericano ya ha sufrido todas las influencias posibles. Ahora le corresponde dejarse influir por América latina, que tiene mucho que enseñar a todo aquel que quiera oír.

Si hay un deber revolucionario para el intelectual de la América latina de hoy, consiste en esforzarse por recrear la cultura satélite y en buscar por sus propios medios el rostro y el alma de la Nación despedazada: la revolución exige saber quiénes somos.

Artículo aparecido en "La Opinión Cultural" del 8-12-74.

EDICIONES

HERACLITO

De reciente aparición:

La cuestión Judía

texto completo de la polémica Marx-Bauer

De próxima publicación:

Literatura y Revolución, Tomo I,

por León Trotsky.

Los "Soviets" en 1917

Textos de John Reed

Presentamos aquí a nuestros lectores la conclusión del artículo: "¿Cómo funcionaban los Soviets en 1917?", de John Reed.

Con la misma completamos el cuadro que el periodista norteamericano nos ofrece de la Rusia de Lenin y Trotsky. Por supuesto, nada de eso queda en la de Stalin y Brezhnev. (N. de la R.).

Los Soviets votan las leyes que institucionalizan las transformaciones fundamentales, pero las mismas no pueden ser aplicadas más que por las organizaciones populares locales. Así, la confiscación y la distribución de la tierra fueron confiadas a comisiones agrarias compuestas por campesinos y elegidas por los trabajadores rurales, instados a ello por el príncipe Lvov, primer presidente del Gobierno provisorio.

Por cierto, no se podía hacer menos en la época que resolver la cuestión de la tierra, dividir las grandes propiedades y distribuir las entre los campesinos.

Así, el príncipe Lvov invitó a las poblaciones rurales a elegir comisiones *ad hoc* cuyo objetivo no era sólo estudiar las necesidades de la agricultura sino también examinar y determinar el valor de la propiedad fundiaria. Sin embargo, cuando esas comisiones trataron de funcionar, los terratenientes opusieron múltiples obstáculos a su labor.

En esas condiciones, tras tomar los Soviets el poder, su primera medida fue promulgar el decreto relativo a la tierra. Se procedía así a realizar no un proyecto

enteramente bolchevique, sino un programa elaborado en base a centenares de peticiones campesinas. El decreto abolía para siempre el derecho privado sobre la tierra y los recursos naturales de Rusia y confería a las comisiones la misión de distribuir la tierra entre los campesinos hasta que la Asamblea Constituyente se expidiera definitivamente sobre el tema. Disuelta la Constituyente, el decreto se volvió definitivo.

A excepción de algunas disposiciones generales y de una parte del decreto relativa a la emigración, propuesta como solución en aquellos lugares donde la población era demasiado densa, las particularidades de la confiscación y la distribución se dejaban por completo libradas a la iniciativa de las comisiones locales.

Kalagaiev, primer comisario de Agricultura, compulsó una serie de reglamentos que les sirvieran de guía práctica a los campesinos; Lenin, sin embargo, en un discurso pronunciado ante el Comité Ejecutivo Central incitó al gobierno a dejar a aquéllos en libertad de reglamentar la cuestión por medios revolucionarios instando sólo a los campesinos pobres a unirse para combatir a los ricos. "Haced lo necesario", decía Lenin "para que a cada campesino rico se opongan diez pobres".

Naturalmente, ningún trabajador rural podía apropiarse de la tierra, pero podía tomar la parte que deseara y cultivarla como si fuera suya. Pero la política del gobierno tendía, a través de la acción de las comisiones locales, a combatir esta tendencia: los cam-

pesinos que desearan trabajar como si fueran propietarios estaban en libertad de hacerlo, pero en este caso no recibían ninguna ayuda oficial. Las administraciones agrícolas cooperativas, por el contrario, recibían créditos, semillas, instrumentos de trabajo y moderna dirección técnica. A toda comisión agraria se destinaban ingenieros agrónomos, hidráulicos y de bosques, y, para coordinar las acciones de las formaciones locales, se elegía un organismo central, llamado Comisión Agraria Central con sede en la capital, y que se encontraba en contacto directo con el comisario de Agricultura.

En Rusia, las organizaciones obreras del tipo de las que existen actualmente tienen menos de veinte años de existencia. Antes de la Revolución de 1905, la organización sindical de los obreros estaba poco desarrollada y la ley la prohibía. Durante la Revolución de 1905, los miembros de las organizaciones por profesión eran alrededor de cincuenta mil y en 1906 la reacción los dispersó con extremo rigor. Las organizaciones rusas tuvieron un desarrollo artificial. Fueron creadas por intelectuales que, tras un estudio científico de las organizaciones obreras de otros países, diseñaron sobre el papel el plan de la federación obrera ideal (combinación de los *syndicats* franceses con organizaciones de tipo alemán), y la aplicaron a Rusia. Las organizaciones rusas tienen mayor carácter industrial y extensión; por ejemplo, tanto los obreros de una fábrica de cañones como los mecánicos que construyen vagonetas pertenecen a la Federación de obreros metalúrgicos.

Durante los tres primeros meses de la Revolución, el número de obreros organizados se elevó a más de doscientos mil; cinco meses más tarde sobrepasaban el millón, y, después de dos meses más, ya iba por los tres millones; como en todos lados, las organizaciones se esforzaron por obtener salarios condiciones de trabajo. Exigieron una ríos más altos, horarios más cortos, y mejo-oficina de arbitraje y estar representadas en el Ministerio de Trabajo del Gobierno Provisorio.

Pero esto no bastaba para los obreros rusos en revolución.

Aún si gran parte entró en las organizaciones, muchos obreros no veían la necesidad de organizarse, y las Federaciones llevaban la lucha entre las masas y los grandes industriales de una manera lenta y confusa.

Así es que, como sucedió con los comités de los soldados del frente, las organizaciones se constituyeron de tal modo que se vieron llevadas a una política inspirada por elementos reaccionarios, deseos de frenar el rápido latido vital de las grandes masas. Es por eso que, cuando la Revolución bolchevique, el Comité Central de los obreros telefónicos, de los empleados de Correos

y Telégrafos, y de los ferroviarios pudieron declarar la huelga contra los bolcheviques asentados en el Smolny y, durante un tiempo, aislados de toda Rusia. Y esto a pesar de la revolucionaria mayoría de los obreros, que convocaron asambleas y condenaron la dirección política de los antiguos dirigentes, eligiendo nuevos comités.

LAS COMISIONES INTERNAS DE LAS FABRICAS

Cuando la Revolución de Marzo, los propietarios de numerosos establecimientos industriales o bien los abandonaron o fueron expropiados por los obreros. Esto se dio en especial en las empresas del Estado, libradas a los empleados irresponsables del Zar.

Encontrándose sin quien los dirigiera, sin supervisión y también muy a menudo sin ingenieros ni empleados administrativos, los obreros se vieron enfrentados a la alternativa de tomar en sus manos la dirección del trabajo o morir de hambre. Se designó una comisión, eligiendo un delegado por cada sección de la fábrica. Esta concesión buscó la manera de mantener la fábrica andando. Por supuesto, en un principio la cosa parecía desesperada. Es cierto que de esta manera se podían coordinar las funciones de las distintas secciones, pero la falta de formación técnica de los obreros conducía a menudo a resultados catastróficos.

En eso se estaba cuando, en una asamblea de fábrica, un obrero se paró y dijo: "¡Compañeros! ¿De qué nos preocupamos? La cuestión del personal técnico no presenta dificultades. Hagamos memoria: el *patrón* no era un técnico, no tenía los conocimientos de un ingeniero o de un químico, ni siquiera los de un administrador. Todo su rol se reducía a ser el *propietario*. Cuando necesitaba ayuda técnica, les pagaba a aquellos que se la podían dar. ¡Y bien! ¡ahora los patrones somos *nosotros*! ¡Vamos a pagar ingenieros y administradores que trabajen para nosotros!"

En las empresas estatales el problema era relativamente sencillo, dado que la Revolución había expulsado automáticamente al "patrón" y nadie lo había reemplazado. Pero al extenderse las comisiones internas a las empresas privadas, los propietarios las combatieron insidiosamente, habiendo firmado acuerdos con las organizaciones la mayoría de ellos.

También en las empresas privadas surgieron las comisiones internas como producto de la necesidad. Después de los primeros tres meses de la Revolución, durante los cuales la clase media y las organizaciones obreras trabajaron juntas en una atmósfera de utópica armonía, los industriales comenzaron a alarmarse por el poder y la cre-

ciente ambición de las organizaciones obreras, así como los propietarios fundiarios se aterraron frente a las nuevas condiciones rurales.

Hacia la primera mitad de junio comenzó una campaña más o menos consciente de toda la burguesía para detener a la Revolución y destruir todo, desde las comisiones internas hasta los Soviets. El ejército fue desorganizado, privado de armas, víveres y municiones. Se entregaron posiciones a los alemanes, Riga, por ejemplo. En el campo, se aconsejó a los labriegos esconder el grano, provocando tales desórdenes que se dio a los cosacos la ocasión de restablecer el orden.

Después, en el sector industrial más importante, se procedió a sabotear las máquinas y la producción en general, se boicotearon los transportes... las minas de carbón o de metales y las otras fuentes de materias primas fueron dañadas de mil maneras distintas. No se ahorraron esfuerzos para zapar la actividad de las empresas y reimponer a los obreros el yugo del antiguo régimen económico.

Los obreros vieron así obligados a defenderse. La comisión interna de fábrica se vio exigida. Puede ser que los obreros rusos hayan cometido errores o actitudes ridículas, hechos sobre los cuales en el mundo entero se habló con satisfacción y placer; exigieron salarios imposibles, trataron de aplicar procesos científicos de complicada elaboración sin tener suficiente experiencia e incluso, en ciertos casos, pidieron al patrón que volviera y reasumiera la administración de sus bienes. *Pero estos casos fueron raros, En la mayor parte de las empresas, los obreros hallaron en sí mismos recursos suficientes para dirigir la industria sin patrones.*

Los propietarios buscaron falsificar los libros, esconder los pedidos; la comisión interna se vio obligada a buscar cómo controlar los libros. Los propietarios se las arreglaron para que los trabajos marcharan mal y la comisión debió montar guardia para que nadie entrara o saliese de la empresa sin autorización.

Cuando alguna fábrica estaba a punto de cerrar sus puertas por falta de combustible, materias primas, etc., la comisión interna se veía obligada a enviar emisarios a través de Rusia, a las minas, a los yacimientos de petróleo del Cáucaso, a los algodonales de Crimea. Para vender sus productos, los obreros también tuvieron que enviar delegaciones especiales. Dadas las carencias de los ferrocarriles, éstos firmaron acuerdos con las federaciones de ferroviarios para obtener medios de transporte. Por último, para defenderse contra los boicoteadores, la comisión se encargó igualmente de la toma y el licenciamiento del personal.

De este modo, la comisión interna de fábrica, producida por el caos ruso, fue obligada por las circunstancias a aprender a dirigir la empresa; de modo que, cuando se presentó la oportunidad, los obreros pudieron asumir el control sin mayor dificultad.

Como ejemplo de la colaboración de las masas puede mencionarse el hecho de que los doscientos mil *puds* de carbón que se tomaron en diciembre de las reservas de la flota del Báltico fueron destinados por las comisiones de marinos a mantener activas las fábricas de Petrogrado durante la escasez de carbón.

Los establecimientos Oblucof, empresas metalúrgicas que trabajaban para la marina de guerra, tenían como dirigente de su comisión interna a un ruso-norteamericano llamado Petrovsky, bastante conocido como anarquista en los EE. UU. Un día el jefe de producción de los torpedos dijo a Petrovsky que la misma debería detenerse dada la imposibilidad de conseguir ciertos pequeños tubos empleados para su fabricación y provistos por una fábrica cuya producción había sido completamente vendida con tres meses de anticipación. El cierre de la sección torpedos implicaba el paro de 400 obreros.

"Conseguiré los tubos", dijo Petrovsky y se dirigió directamente a la fábrica que los construía, en la cual, en vez de dirigirse al director, buscó a un dirigente de la comisión interna. "Compañero —le dijo—, si en dos días no tenemos esos tubos se detendrá nuestra producción de torpedos y 400 obreros quedarán sin trabajo."

El jefe de la comisión buscó en los libros y descubrió que algunos miles de tubos habían sido reservados por tres empresas privadas de los alrededores. Se dirigió allí con Petrovsky y tomó contacto con los jefes de las comisiones internas. Se constató que en dos fábricas los tubos no eran inmediatamente necesarios; al día siguiente la fábrica Obiucof tenía a su disposición el material necesario y el taller de torpedos no cerró.

Había en Novgorod una fábrica de tejidos. Cuando comenzó la Revolución el patrón declaró: "La situación es complicada; en tanto dure la Revolución no obtenemos beneficio alguno. Por lo tanto suspenderemos el trabajo hasta que la situación se aclare." Así se hizo y los oficinistas, así como los químicos, ingenieros y directores tomaron el tren a Petrogrado. Pero al día siguiente los trabajadores reabrieron la fábrica.

Estos obreros eran quizás un poco más ignorantes que la mayor parte de los obreros y no conocían los procesos técnicos de la producción, la dirección y la venta. Nombraron una comisión interna y, habiendo descubierto una reserva escondida de combustible y de materias primas, retomaron la producción de tejidos.

No sabiendo muy bien qué podrían hacer

con las telas una vez fabricadas, comenzaron por abastecerse ampliamente, ellos y sus familias; más tarde, como algunas de sus máquinas para tejer necesitaban reparaciones, enviaron una delegación a un taller vecino diciendo que estaban dispuestos a cambiar tejidos por ayuda técnica. Después de eso cerraron un contrato con la cooperativa local, proveyéndola de tejidos a cambio de productos alimenticios, y hasta llegaron a cambiar tejidos de algodón por combustible de las minas de carbón de Jarkof. Obtuvieron medios de transporte de la Federación de ferroviarios.

Al final saturaron el mercado local de tejidos de algodón, pero se encontraron frente a una exigencia que no podían satisfacer con sus productos: el alquiler. Esto pasaba en épocas del gobierno provisorio cuando aún había propietarios de la tierra. El alquiler debía ser pagado en dinero. Así, cargaron un tren entero con sus mercaderías y lo enviaron a Moscú bajo el cuidado de un miembro de la Comisión.

Este dejó el tren en la estación y se internó en la ciudad. Entró en el negocio de un sastre al que preguntó si necesitaba telas.

—¿Cuánto tienes? —preguntó aquél.

—Un tren entero.

—¿A qué precio?

—¡Qué se yo! ¿Cuánto paga Ud., generalmente?

El sastre le dio una cantidad ínfima y el miembro de la comisión que jamás había visto tanto dinero junto volvió a Novgorod loco de contento.

Pero la comisión había resuelto también, por medio de la comisión interna que había regulado su precio mínimo para toda la producción de tal modo que la venta diese beneficios que permitieran pagar el alquiler de todos los obreros.

Es de este modo que, en toda Rusia, los obreros adquirieron los conocimientos necesarios de los principios fundamentales de la producción industrial, así como de la distribución; así es que cuando la Revolución de Noviembre pudieron ocupar su lugar en el engranaje del control obrero.

En junio de 1917 tuvo lugar el primer Congreso de delegados de Comisiones Internas; pero por entonces las mismas apenas existían fuera de Petrogrado. Sin embargo, el Congreso fue importante. Eran delegados aquellos que hoy constituyen las grandes masas populares: mayor parte los bolcheviques, así como varios sindicalistas y anarquistas. El eje principal de las discusiones fue la protesta contra la táctica de las federaciones. En el plano político, los bolcheviques repetían que ningún socialista debía participar junto a la burguesía en un gobierno de coalición. El Congreso de delegados de Comisiones Internas adoptó igual actitud hacia la industria. En otras palabras,

la clase de los capitalistas y la de los trabajadores no tenían nada en común; ningún obrero consciente podía ser miembro de un comité arbitral o de conciliación más que para hacer saber a los industriales las reivindicaciones obreras. Ningún acuerdo entre capitalistas y obreros; la producción industrial debía estar bajo el control absoluto de los trabajadores.

Con anterioridad las federaciones profesionales habían combatido acremente a las comisiones internas. Pero como éstas se fueron implantando en el corazón de la dirección de las fábricas, consolidaron y extendieron su poder con suma facilidad. Numerosos obreros no comprendían la necesidad de integrar la federación, pero sí la de participar en la elección de la comisión interna que detentaba el inmediato control del trabajo. Por otra parte, las comisiones reconocían el valor de las federaciones; no se admite un solo obrero nuevo si no tiene la credencial de las organizaciones sindicales. A las comisiones internas incumbía la aplicación local de los reglamentos de las diversas federaciones. Hoy, las asociaciones profesionales y las comisiones internas trabajan en perfecta armonía, cada una en su sector específico.

III

EL CONTROL OBRERO

En el sector industrial, aún no se ha abolido la propiedad privada en Rusia. Los propietarios de numerosas fábricas conservan sus títulos de propiedad y hasta tienen derecho a un pequeño interés sobre el capital invertido, pero a condición de cooperar con la buena marcha de la empresa y a su expansión. De todos modos, se los ha apartado de la dirección, y si intentan echar obreros o entorpecer el trabajo, se los expropia inmediatamente. Las condiciones de trabajo, así como los horarios y los salarios, son iguales en todas las empresas, públicas y privadas.

La razón de esta sobrevida de un régimen semi-capitalista en un país proletario es que Rusia, país económicamente atrasado y rodeado de Estados capitalistas bien organizados, *necesita inmediatamente una acrecentada producción industrial para poder resistir a la presión de la industria extranjera.*

El órgano que se da el Estado para ejercer su control sobre la industria, como así también sobre el trabajo y la producción, se llama Consejo de Control de los trabajadores.

Este órgano central, con sede en la capital se compone de delegados elegidos por los consejos locales de control obrero, constituidos a su vez por miembros de las comisiones internas, los sindicatos, ingenieros,

técnicos y expertos. Una comisión ejecutiva central estudia los problemas de cada Estado de la Unión Soviética. Se compone de simples trabajadores, mayormente de obreros de otros Estados, de modo tal que ningún interés particular puede influir en su conducta.

Los consejos locales informan al Congreso panruso los casos de confiscación de empresas, le informan de la cantidad de combustible, de materias primas, de medios de transporte y de mano de obra que su sector necesita y sirven de guía a los obreros en el aprendizaje de la gestión de las distintas industrias. Le toca al Consejo panruso proceder a la confiscación de las empresas industriales y distribuir equilibradamente los recursos económicos de las distintas localidades.

Del Consejo de Control obrero depende la llamada Cámara de Seguros. Los obreros tienen seguros contra el paro, las enfermedades, la vejez y la muerte. Las primas del seguro las pagan los propietarios tanto en las empresas privadas como en las públicas; la suma que se entrega al obrero es siempre igual al monto de su salario.

En el Estado socialista se mantiene el sistema salarial. Es un necesario ajuste al régimen capitalista, pero al mismo tiempo entra en acción el mecanismo que conduce a su abolición; y esto más aún debido a que todo el sistema funciona bajo el control de los obreros mismos.

Lenin ha dicho con gran claridad que cree que la existencia de especialistas es un paso atrás, una especie de pasajera derrota de la Revolución, agregando que será necesario mantener este sistema hasta que los obreros alcancen un grado de auto-organización y autodisciplina tal que les permita entrar en competencia con la industria capitalista.

CONSEJO SUPREMO DE LA ECONOMIA PUBLICA

La república rusa de los Soviets, como lo ha demostrado claramente el mismo Lenin, no va hacia ningún tipo de gobierno político, sino hacia una verdadera democracia industrial. Lenin ha llegado a prever una eventual transformación de los Soviets en órganos económicos de carácter puramente administrativo.

El prototipo de este futuro parlamento económico existe ya en Rusia. Se llama Consejo Supremo de la Economía Pública y lo forman delegados de las principales comisiones de la tierra y del Consejo de Control Obrero. Es a este consejo que le corresponde la tarea de regulación de la vida económica del país, dirigir y controlar el ritmo de la producción, administrar los recursos de la producción, administrar los recursos naturales, pertenecientes al gobierno, super-

visar las importaciones y las exportaciones, etc. Tiene la facultad de crear nuevas industrias, de construir nuevas fábricas y de explotar los recursos hidráulicos.

La Comisión Ejecutiva del Consejo se compone de cincuenta miembros, ocupándose cada uno de una de las cincuenta ramas de la vida económica del país, como por ejemplo los ferrocarriles, la agricultura, etc. Se los elige del siguiente modo: las diversas organizaciones profesionales —como el Instituto de Ingenieros de Minas, p. ej.— indican cuáles son sus mejores hombres, y los delegados de las comisiones agrarias así como los órganos del control obrero eligen de entre ellos a los candidatos.

Los cincuenta miembros del Consejo Supremo dirigen una oficina cada uno y son ayudados por comisiones técnicas especiales para cada sector. Se encuentran reunidos representantes de los Soviets, del comisariado de Trabajo, del de Comercio, Industria y Finanzas, representantes de las comisiones internas, de los Soviets campesinos, de las cooperativas, etc.

Ante esta oficina se presentan los proyectos. Supongamos que se trata de un proyecto de línea férrea entre Moscú y Novgorod. Se presenta el plan al comisario que se ocupa de los ferrocarriles; si este lo rechaza, el proyecto pasa por una oficina de apelaciones; si lo acepta, se dirige a sus comisiones técnicas y las encarga de los problemas de su competencia. Otras comisiones, junto a los representantes de las organizaciones de los metalúrgicos, establecen el presupuesto. Se plantea entonces el asunto a los delegados de las organizaciones obreras y campesinas locales. ¿Es necesaria la línea férrea? ¿Qué tráfico habrá de pasajeros, combustible, materias primas, manufacturas y maquinaria agrícola?

En otras palabras, en lo económico no se emprende un solo trabajo nuevo si el pueblo no lo aprueba; se trata primero de satisfacer las necesidades más urgentes.

Desde el mes de diciembre de 1917, a pesar de que Rusia se hallaba despedazada y en guerra con todos los países del mundo, se han presentado y ejecutado vastos proyectos. Había que construir, por ejemplo, una red ferroviaria que sirviera las trescientas minas de los Urales y utilizar los seis más grandes ríos de Rusia septentrional para alimentar con energía y calor una vasta extensión del país.

LAS COOPERATIVAS DE RUSIA

Si no hubieran existido organizaciones democráticas ya antes de la Revolución, la Revolución rusa, sin duda, hubiera sido vencida. La red ordinaria de comercialización hubiera sido desmantelada por completo. ¡Sólo gracias a las cooperativas de consu-

mo pudo alimentarse al pueblo! El sistema establecido fue adoptado más tarde por las municipalidades y el gobierno.

Antes de la Revolución, las cooperativas contaban con más de doce millones de miembros. La asociación es para las masas algo natural, dado que es una reminiscencia de la vida comunitaria que persistió en el campo durante muchos siglos.

En las fábricas Putilov, donde trabajaban más de catorce mil obreros, la cooperativa proveía de víveres, alojamiento y también de ropas a más de cien mil personas

Todos aquellos que piensen que en Rusia no puede existir ningún gobierno debido a la ausencia de una fuerza central, olvidan esta tendencia cooperativista de las masas: ven a la Rusia de hoy como una comisión servil asentada en Moscú, dirigida tiránicamente por Lenin y Trotsky y defendida por guardias rojos mercenarios.

¿Y la verdad? Es precisamente lo contrario. La organización que he descripto existe en casi todas las comunidades. Si una parte considerable de Rusia estuviera en contra del gobierno de los Soviets, los Soviets no durarían una hora.

Está en boga entre los críticos del régimen soviético, ahora especialmente, murmurar contra un artículo de Lenin aparecido en el "Pravda" de abril y que se reproduce en el folleto "Los Soviets en acción". El gran estadista proletario dice a los obreros en este artículo que deben dejarse de charlatanear, hacer huelgas, o pequeños hurtos, y los invita a mantener una disciplina rígida y a aumentar la producción.

Alaba el sistema Taylor de organización científica del trabajo, explica la falta de experiencia y de instrucción de las masas rusas, analiza las causas del caos que existe en la industria y la agricultura, etc.

El proletariado victorioso en la lucha con su atención sobre el problema de organizar tra la burguesía debe ahora concentrar toda a Rusia; si no tiene éxito, la Revolución está condenada a perecer.

"¿Y qué es eso exactamente?" —vocife-

ran los críticos... y hay socialistas entre ellos. Qué es eso sino retormar a una nueva tiranía ejercida por nuevos patrones sobre las masas. Y vea usted, el mismo Lenin, admite que los rusos se han demostrado incapaces de organizar el Estado utópico que no existía más que en su imaginación y sus sueños...

Esas "críticas" no importan. El Estado socialista no debe ser un retorno a la simplicidad primitiva, sino, por el contrario, un sistema social dotado de una especial eficacia superior a la del Estado capitalista. En el caso de la Unión Soviética, los trabajadores tienen el deber de adquirir de inmediato la capacidad de oponerse al capital extranjero y, al mismo tiempo, proveer a las necesidades de Rusia. Y lo que es válido para Rusia lo es también para los obreros del mundo entero. Pero en ningún país han tenido los dirigentes la lúcida percepción de un Lenin, en ningún otro país están tan unidos y son tan conscientes. Hay en Rusia grupos de empresas industriales, como las minas del Ural y las fábricas de Vladivostok, en los que el control de los trabajadores ha demostrado ser superior a la dirección del propietario capitalista. Y no olvidemos que la empresa industrial pertenece a los trabajadores y es dirigida en favor del interés de los trabajadores.

En junio de 1918, Lenin le decía a un norteamericano que el pueblo ruso no era aún revolucionario: "Si en los próximos tres meses las masas no pasan a serlo, la Revolución perecerá."

Comprendemos ahora lo que quería decir. La palabra "revolucionario", indica no sólo una caprichosa mentalidad de revuelta. Que se destruya lo que deba serlo pero el nuevo mundo debe ser construido por el esfuerzo de un trabajo incesante.

Nosotros esperamos que, por el bien de todo el mundo, Rusia progrese y vaya adelante. Resuena en nuestros oídos la marcha inexorable de los férreos batallones del proletariado.

John Reed, 1919.

LECTURAS CRITICAS

Libros, periódicos, papeles en general

FEDERACION O MUERTE, por Juan Carlos Espeche. Montevideo (s. e.), 1974, 88 páginas.

Quizás nadie, desde *El Uruguay como problema*, de Methol Ferré había condensado tantas ideas sobre el Uruguay y su crisis en tan pocas páginas. Patriota latinoamericano, y, más exactamente, rioplatense, Juan Carlos Espeche, un argentinista federal de nuestro tiempo, ha publicado un trabajo muy denso, explosivo y claro, en el cual expone las razones que lo llevaron a titular su obra *Federación o Muerte*. Para Espeche, la tragedia uruguaya es el intento de generar un país autónomo en un territorio que sólo podía serlo a condición de renegar de su tradición y de renunciar a sus aspiraciones. Demuestra primeramente la íntima relación de la historia uruguaya con la argentina hasta el destierro de Hernández, para luego pasar a criticar los aspectos negativos del batllismo: su carácter municipal, su intento de consolidar un Estado socialmente justo desgajándolo del Plata y consolidando la Hansa inventada por Inglaterra.

Pero Espeche no se conforma con eso: para él, el Uruguay tiene un destino oriental. Nacionalista democrático y federal, no niega que de otros sectores surjan quienes puedan colaborar en la tarea de reunificar Federalismo y Justicia Social en la tierra purpúrea. Su libro es una punta de lanza en la lucha que la actual situación marca a los patriotas de la Banda Oriental: recuperar el destino nacional para no sufrir una larga agonía. La hermandad de los pueblos platenses es para Espeche el sentido real de la integración latinoamericana que debe buscar el Uruguay. De nada sirve, para él, integrarse hoy con el Ecuador, o proponerlo. La integración necesaria está a la vista de todos, y justamente por eso, un monstruoso aparato se ocupa de ocultarla.

En *Federación o Muerte*, entre otras cosas, se denuncia y critica ese aparato, así como a la vieja partidocracia que, discutiendo sobre Vietnam, la París ahorrada

por los nazis, o el militarismo alemán, se encargó de adormecer el espíritu rioplatense de Artigas, Saravia o Herrera (no es casual que la *intelligentsia* lo definiera como nazi). Se demuestra la filiación de ese "biombo": es la continuidad histórica de los colorados montevideanos que, junto a los unitarios, lucharían contra Rosas desde lo que Thiers calificaría de "colonia francesa".

Espeche ha escrito un libro audaz, en un momento que a la Banda Oriental le hace falta la audacia de los Treinta y Tres Argentinos Orientales para asumir su futuro y el de Latinoamérica. No carece de errores de apreciación, como creer que la izquierda no marxista es la única depositaria de izquierda de la tradición nacional rioplatense de esa ribera del Plata —por lo menos, no dice lo contrario, y afirma que la corriente de izquierda cristiana nacional uruguaya deberá diferenciarse de la corriente marxista no nacional. Como muchos otros, Espeche parece creer que la esterilidad de los Arismendi es una tara inherente al marxismo—, o darle a Rosas y su federalismo una importancia que en realidad no tenía, aunque en su descargo debe decirse que tras la traición de 1828, la de Rosas fue la mejor política porteña hacia la Banda Oriental.

Federación o Muerte es un libro realmente fundamental, para orientales y argentinos. El futuro de ambos pueblos dependerá de la adopción colectiva de muchos de los puntos de vista en él enunciados, y, además, no se puede, desde hoy, entender el drama oriental y su política interna sin leerlo. No sabemos si la ausencia de mención del editor significa que el autor tuvo que financiar por sí solo la publicación. Si es así, quedaría demostrado el coraje moral de Espeche, que sale a luchar en condiciones similares a las de nuestro Manuel Ugarte, y también la urgente necesidad de esta obra que esperamos se ponga rápidamente al alcance del lector argentino.

LA LUCHA POLITICA EN UN PAIS SEMICOLONIAL, por Jorge Abelardo Ramos. Buenos Aires, Rancagua, 1974.

Un nuevo libro de Jorge Abelardo Ramos acaba de aparecer. Se trata, fundamentalmente, de una recopilación de artículos escritos al calor de la lucha política, de documentos y reportajes que, aún siendo de un carácter coyuntural, asumen una importancia que supera la circunstancia en que se los conoció.

Pasan por sus páginas los momentos finales del primer gobierno peronista a la luz de la revista "Izquierda", los años de la Revolución Fusiladora, la experiencia del frondismo, el intento de retorno de Perón en el 64, y el crecimiento y consolidación de la corriente política que encabeza el autor, desde la fundación del PSIN hasta las posiciones adoptadas en diversas circunstancias por el FIP frente al segundo gobierno peronista.

La recopilación no es un "refrito" documental para uso de los historiadores. Todos los problemas que en ella se tocan son cotidianos, actuales, y los análisis de Ramos o las declaraciones del PSIN y del FIP insertas como apéndices exhiben los sólidos lazos entre el marxismo y la realidad concreta. Desde el punto de vista marxista revolucionario se pasa revista a la dictadura militar oligárquica, a las propuestas que, en la campaña electoral de 1973, el FIP impulsó como solución a la crisis en que los tres comandantes habían sumido al país, al accidentado ocurrir de la pequeña burguesía nacionalizada ante las contradicciones del peronismo, y las limitaciones burguesas que al mismo impone al movimiento nacional, cuyas consecuencias se pueden ver hoy cotidianamente.

El libro adolece de las reiteraciones y repeticiones que, forzadamente contiene toda recopilación de este tipo, pero las mismas no hacen más que demostrar que la línea política del autor de sus distintos capítulos, si carece de la pintoresca variedad de ideas que podría presentar un político oportunista en tanto tiempo (imagínemos una recopilación similar de las obras de Alende, por ejemplo) posee la firme coherencia de un político revolucionario que puede permitirse publicar sin rubor sus afirmaciones de 1955 junto a las de 1975.

Se trata de una obra, en suma, de gran importancia para la comprensión de nuestro cercano pasado e imprescindible para la acción en el presente y el futuro inmediato, cuya lectura no podemos menos que recomendar.

OCTUBRE

EDITORIAL

MARXISMO Y SIONISMO \$ 32

Roberto Ferrero

La más completa crítica del sionismo y del Estado de Israel, tal como son vistas por un marxista argentino profundamente compenetrado de los problemas pasados y presentes del pueblo judío.

LA CUESTION NACIONAL EN MARX . \$ 35

Jorge Enea Spilimbergo

Rescatar el pensamiento de Marx sobre la revolución nacional en los países oprimidos (tergiversado por el colonialismo ideológico de la "izquierda cipaya"), para ponerlo al servicio de la revolución argentina y latinoamericana. He ahí el propósito de este notable trabajo de uno de los propulsores decisivos de la corriente de la izquierda popular y nacional en la Argentina.

INTRODUCCION AL SOCIALISMO ... \$ 18

José Luis Madariaga

Los fundamentos del pensamiento socialista en su vinculación con la historia y la realidad argentina y latinoamericana. Por primera vez, un verdadero manual popular para los jóvenes y los trabajadores.

EL SOCIALISMO EN LA ARGENTINA

Jorge Enea Spilimbergo

TOMO I — JUAN B. JUSTO Y EL SOCIALISMO CIPAYO \$ 31

La subordinación política de Juan B. Justo y su partido al sistema de ideas e intereses de la oligarquía dominante.

TOMO II

TOMO II — DE LA IZQUIERDA CIPAYA A LA IZQUIERDA NACIONAL \$ 32

En las últimas dos décadas las más variadas fórmulas fueron empleadas para ocultar la misma y funesta tradición del "izquierdismo" cipayo. En lucha contra ellas se forjó la Izquierda Nacional.

EL REVISIONISMO HISTORICO

SOCIALISTA \$ 45

por *Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, Luis Alberto Rodríguez, Salvador Cabral y otros.*

EL CORDOBAZO \$ 23

por *Jorge Enea Spilimbergo, Jorge Abelardo Ramos, José Luis Madariaga y otros.*

De inminente aparición

EL RADICALISMO

Historia Crítica - 1890 / 1974

Jorge Enea Spilimbergo

octubre

Alsina 2786 - Capital Federal